

UNIVERSIDAD DE BARCELONA
DISCURSO INAUGURAL DEL AÑO ACADÉMICO 1952-53



Algunos comentarios sobre la obra
de A. J. Cavanilles,
“Observaciones sobre la Historia Natural,
la Geografía y la Agricultura
del reino de Valencia”

Discurso leído por el

Dr. D. TAURINO LOSA ESPAÑA
Catedrático de la Facultad de Farmacia

BARCELONA

1952



~~U-3308~~

INP

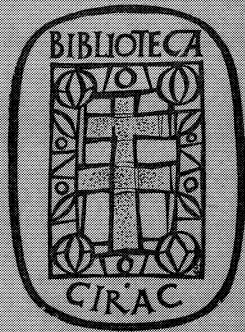
D-821/3/20

INP

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701044436



UNIVERSIDAD DE BARCELONA
DISCURSO INAUGURAL DEL AÑO ACADÉMICO 1952-53



Algunos comentarios sobre la obra
de A. J. Cavanilles,
“Observaciones sobre la Historia Natural,
la Geografía y la Agricultura
del reino de Valencia”

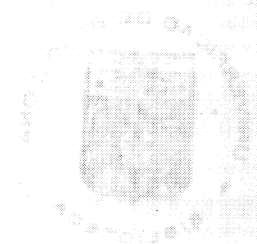
Discurso leído por el

Dr. D. TAURINO LOSA ESPAÑA

Catedrático de la Facultad de Farmacia

BARCELONA

1952



R.271.598



*Magnífico y Excmo. Sr. Rector; Excmos. e Ilmos. señores;
Estudiantes universitarios; Señoras y señores:*

CUANDO hace ya varios años desempeñaba yo la profesión de farmacéutico en una pequeña población castellana compartiendo mis actividades entre el estudio de las plantas y el ejercicio profesional, estaba bien lejos de pensar que iba a llegarme un día en que tuviese que explicar Botánica en una cátedra Universitaria. Aficionado por naturaleza al estudio de las plantas, impulsado por un afán interno de conocer los secretos del mundo vegetal, mi única aspiración era avanzar cada día más en el conocimiento de esta ciencia, siguiendo el mismo camino que antes habían trazado otros ilustres farmacéuticos como Loscos, Pardo, Pau, Lázaro y otros, que tanto hicieron por el progreso de la Botánica española; alejado de las grandes poblaciones, aunque relacionado con botánicos nacionales y extranjeros, que del estudio de las plantas hacían una verdadera profesión, pasé los años sin tener apenas contacto con centros Universitarios y cuando el destino torció el rumbo de mi vida y me hizo cambiar mi profesión de modesto farmacéutico por la de catedrático no pensaba tampoco que llegaría otro día en que, por obligación inherente al cargo, tendría que ocupar una tribuna para desde ella leer el discurso de

ritual con el que se inician las tareas de un nuevo curso universitario. Y si emoción sentí cuando tuve que explicar mi primera lección como catedrático en una aula del Colegio de Fonseca en la Universidad de Santiago de Compostela, mayor emoción siento hoy al ocupar esta tribuna del Paraninfo de la Universidad de Barcelona; emoción producida no solo por la solemnidad del acto, sino además porque me doy cuenta de lo poco que científicamente represento al lado de tantos hombres de reconocida valía como son los que integran este claustro; pero por un lado el cumplimiento de un deber y por otro la confianza que tengo de que cuantos me escuchan juzgarán mi modesto trabajo con benevolencia, me han dado ánimos suficientes para llevarlo a cabo.

Para desarrollar mi cometido pensé en principio hacer mi trabajo tomando como base un tema profesional, pues la circunstancia de haber ejercido la profesión de farmacéutico con farmacia abierta al público durante muchos años, el haber intervenido activamente en cuestiones profesionales encaminadas a lograr para la clase farmacéutica mejoras tanto en el orden económico como en el social y el haber tocado de cerca problemas que la afectan de lleno, me daban base y hasta autoridad para emitir unos juicios sobre su actual desenvolvimiento no exentos de interés; sabido es que la profesión farmacéutica está pasando por un período de franca evolución y por causas diversas se va apartando cada día más de lo que fué; el progreso constante de las ciencias en que se basa y la evolución que sufre la humanidad por causa de ese continuo avance científico, han influido también en la profesión farmacéutica y de esta evolución es de esperar que salga fortalecida después que encuentre un camino más de acuerdo con este ritmo evolutivo que a todas las profesiones ha impreso el progreso cada día más patente de las actividades humanas. Desarrollar un tema de esta índole no hubiese estado tal vez de más, pues poner a la consideración de tantas autoridades aquí

congregadas, de tantos hombres de ciencia como me escuchan, de una masa de estudiantes que con su presencia dan calor a este acto y de un público culto formado en estas aulas universitarias, exponer ante todos un detallado informe del pasado y del presente de la profesión farmacéutica, aunque no hubiese sido una novedad, hubiese servido para contribuir a formar una atmósfera propicia para juzgar por su cometido a una profesión que en la sociedad cumple una importante misión y que a lo largo de varios siglos de existencia ha dado también representantes ilustres que han impulsado con su trabajo y saber a varias ciencias, principalmente a la Química y a la Botánica y no son pocos los inventos y descubrimientos en el campo de estas ciencias a los que va unido el nombre de ilustres farmacéuticos. Pero por considerar que un tema de esta índole pudiese parecer impropio de un acto de apertura de curso universitario, no me extendiendo en su desarrollo.

Descartado un tema profesional para hacer mi trabajo decidí buscarlo en el campo de mi especialidad, en donde no faltan asuntos que pueden ser tratados sin causar excesiva fatiga a los oyentes, y la circunstancia de tener entre mis libros una de las obras más interesantes, escrita por uno de los más ilustres botánicos españoles, me sugirió la idea de hacer sobre ella algunos comentarios que además de darme base para este discurso sirviera para ensalzar una vez más el nombre de un español que supo poner en los finales del siglo XVIII el nombre de nuestra patria a gran altura; este botánico e ilustre español fué A. J. Cavanilles y su obra se titula «Observaciones sobre la Historia Natural, la Geografía y la Agricultura del reino de Valencia».

Si el nombre de Cavanilles fuese poco conocido o hubiese sido olvidado, lo lógico sería que empezase por hacer su panegírico ensalzando su personalidad y poniendo de relieve sus méritos, pero este no es el caso, pues sus obras y

su nombre son bien conocidos por naturalistas, geógrafos e historiadores, por lo que no creo necesario decir nada en este sentido; no se trata de uno de estos hombres que, después de haber brillado en su tiempo por sus hechos o por sus obras, se les deja caer en el olvido sin justificación, sino al contrario, por su privilegiado talento, por el valor de sus obras y por su encendido patriotismo gozó de merecida fama en su tiempo y se hizo acreedor a que su memoria perdurase a través de los años. Cavanilles está considerado como el mejor botánico español y en la época en que vivió también estuvo a la altura de los mejores naturalistas que en Europa hubo; pero la extensa cultura que tuvo, principalmente humanística, le permitió escribir también obras no exclusivamente botánicas en las que dejó impresa la huella de su talento, como es la que me ha servido de base para hacer este trabajo. Esta obra no es la primera vez que es comentada, ni su mérito sacado a luz, ni deja de ser bien conocida por naturalistas y por cuantos se han ocupado en el estudio de la región valenciana en diversos aspectos, pero es tan vasta, está tan plena de datos y de observaciones, toca tantos aspectos, que no es fácil agotar su mérito por muchos comentarios que se hagan sobre la misma.

Dicha obra, como se lee en su prólogo, fué acometida por iniciativa de aquel gran monarca, de Carlos III, en cuyo reinado adelantaron tanto las artes y las ciencias en nuestra patria; en el prólogo de ella se lee: «En la Primavera del año 1791 empecé a recorrer la España por orden del Rey para examinar los vegetales que en ella crecen. Creí que podrían ser más útiles mis viajes si a las observaciones botánicas añadía otras sobre el reino mineral, la Geografía y la Agricultura, puesto que apenas teníamos cosa alguna sobre la posición y naturaleza de los montes, la Geografía estaba inexacta por punto general y se ignoraba la verdadera población y frutos de las provincias, como también las mejoras que en todas ellas podía recibir la Agricultura,

fuelle inagotable de abundancia y de felicidad». La obra consta de cuatro libros en dos gruesos tomos y su preparación debió de llevarle más de tres años de intenso trabajo, pues en el prólogo del libro primero dice: «Este es el bosquejo del país delicioso que he procurado examinar recorriendo por espacio de tres años los montes, barrancos, marina y campos cultivados para dar a conocer algo de lo mucho que contiene acerca de la Historia Natural y Agricultura». Hacer una obra como la que Cavanilles realizó en aquellos tiempos en que las vías de comunicación eran escasas, en que en numerosos pueblos no había donde albergarse o si existía alguna fonda o mesón no tenían la menor comodidad, en que hubo de recorrer parajes infestados por ladrones y salteadores de caminos, recorrer en estas condiciones regiones tan extensas y accidentadas como son la mayoría de las que constituyen el reino de Valencia, sólo podía ser realizada por un hombre que tuviese reunidas la afición a las Ciencias Naturales, su patriotismo y el amor a su tierra. Cavanilles era valenciano, pero había residido muchos años en el extranjero y, mejor que quien nunca había salido de España, podía darse cuenta del atraso general en que estábamos y tuvo empeño en poner de su parte cuanto pudo por impulsar el progreso de su patria; y no pudo escoger mejor tierra que la valenciana para emprender la tarea que había recibido de su monarca, ya que pocas o ninguna región de España tiene como ella reunidos tan fuertes contrastes, costa y montaña, regadío y secano, vegetación propia en sus montes, origen diverso en sus habitantes, etc. Ya antes de iniciar este viaje había recorrido algunos montes valencianos estudiando su flora, teniendo la suerte de encontrar numerosas especies nuevas para la ciencia que le sirvieron para poner de relieve por un lado la riqueza de la flora valenciana y por otro el atraso en que estaba la Botánica en España. Pero Cavanilles pensó que su labor podría ser más fecunda estudiando, a la vez que la flora de los terrenos que recorría, las costumbres de

los pueblos que atravesaba, su Industria y su Agricultura, haciendo así una labor más útil y más meritoria. Una obra de esta índole y en aquella época no podía llevarse a cabo más que realizando un esfuerzo personal extraordinario, pues la recogida de datos tenía que hacerse yendo pueblo por pueblo, ya que no había entonces estadísticas ni otras fuentes informativas donde poder recoger los necesarios informes; y por eso resulta tan interesante esta obra, pues la variedad de aspectos con que presenta todo lo relacionado con la vida y las costumbres de los pueblos que visitó, unido a los atinados comentarios que con frecuencia añade a los hechos que comprueba, nos hacen ver con claridad como se deslizaba la vida de los hombres que poblaban la región en dicha época, dándonos por la abundancia de datos y de detalles un punto exacto para poder comparar lo pasado con lo presente. ¡Cómo se alegraría Cavanilles si viera ahora de nuevo la región valenciana! Su floreciente agricultura, su pujante industria, la gran extensión que van ocupando sus huertas, su puerto, sus magníficas vías de comunicación que enlazan a casi todos sus pueblos, contrastan fuertemente con el panorama que de dicha región él nos pinta en su obra.

El libro de Cavanilles no puede estar más meditado y acabado, pero como es natural no tienen actualmente el mismo valor que tendrían en su tiempo las observaciones que hace para mejorar el estado de la industria y de la agricultura; de haber sido recogidas en su tiempo hubiesen sido de gran utilidad, pero hoy sólo nos sirven para juzgar del estado de aquella región cuando fué visitada y para apreciar los profundos conocimientos que tenía aquel insigne naturalista en relación con las materias que enjuiciaba; en la época en que fué escrita la obra aportó muchos datos de positivo valor para el conocimiento de la región y durante muchos años después su obra fué consultada y sus datos tenidos en cuenta por historiadores y geógrafos; así, por ejemplo, vemos como Madoz en su Diccionario Geo-

gráfico histórico, cuando trata de pueblos de las provincias valencianas, recoge con mucha frecuencia datos de producciones del suelo de la obra de Cavanilles.

Aunque el encargo que recibió del rey Carlos III fué de que recorriera España estudiando su flora, no llevó a cabo más estudios que los realizados en la región valenciana, pero ¡qué útiles hubieran sido en su día y qué interesantes serían hoy los trabajos que hubiesen podido hacer, si hubiera recorrido otras regiones y dejado publicados sus juicios! España tan variada en sus costumbres, en sus cultivos, en sus climas, en sus tradiciones aun hoy fáciles de contrastar, de haber sido objeto de examen en aquellas épocas en que estaban más vivos, hubiesen dado al viajero abundante material para componer obras magníficas en las que con su claro juicio hubiera plasmado observaciones precisas y sentencias llenas de erudición, que, como en la obra que comentamos, nos hubiesen servido para conocer la realidad de la vida y de las costumbres de aquella época en las regiones recorridas.

Dentro de los variadísimos aspectos que Cavanilles trata en su obra, muchos de los cuales comentaremos, tal vez es a la Agricultura a la que dedica más atención, y no deja ni un solo pueblo de los que recorrió del que no dé información del estado en que se encontraban sus principales cultivos, pues la Agricultura por lo general era la base económica de la vida de sus habitantes y, como dice en el prólogo, fuente inagotable de abundancia y felicidad, añadiendo una estadística de la cantidad y del valor de los frutos recogidos cada año en cada pueblo; por esta detenida exposición podemos darnos cuenta perfecta del estado de la Agricultura de la región en aquella época, y de los atrasos que existían en algunos lugares en relación con el cultivo de algunas plantas, principalmente árboles que eran en muchos pueblos los que constituían la principal riqueza agrícola; Cavanilles se manifiesta decidido protector de la Agricultura y demuestra tener una sólida preparación

sobre el asunto, al dar atinados consejos sobre la conveniencia de introducir innovaciones en algunos cultivos, como veremos más adelante cuando copiamos algunos párrafos de su obra relacionados con este asunto.

La principal riqueza de la región valenciana en aquella época, y aun en la presente, se debe a su Agricultura; por eso no debe extrañarnos que a lo con ella relacionado dé Cavanilles más importancia. De la Agricultura sale lo necesario para la vida de los pueblos, y más en aquella época en que la región levantina no estaba muy poblada en relación con la superficie de suelo susceptible de poderse cultivar; la industria en una región se desarrolla por lo general después que existe una Agricultura floreciente que enriquece a los pueblos y les da medios económicos sobrantes que invertir en cosas que mejoran su nivel de vida producidas por la Industria, o en regiones superpobladas, a cuyos brazos excedentes no puede dar ocupación el cultivo del suelo; pero en aquella época ninguna de estas causas existía en la región valenciana, pues no estaba superpoblada ni aun en las zonas regables, que eran las más fértiles, y en algunas partes del país más bien estaba a falta de brazos, resentida aún por el éxodo de las familias que habían abandonado la región cuando se decretó la expulsión de los moriscos. En este aspecto la visión que Cavanilles nos da del estado de la Agricultura está de acuerdo con la riqueza del suelo; próspera en las regiones situadas en regadío y atrasada y empobrecida en las zonas accidentadas y montañosas. La escasez de comunicaciones y la falta de cultura en que estaban sumidos muchos habitantes de los pueblos situados en la región montañosa, perpetuaban el uso de prácticas poco eficientes, para el avance de la Agricultura, siendo también esto causa del lento progreso de la misma. De todas formas en la época a que nos referimos era probablemente más rica y próspera que en otras regiones españolas, pues había zonas donde el labrador sabía sacar abundante rendimiento a la tierra estableciendo una

rotación de cultivos para obtener del campo más de una cosecha, sin dejarle descansar, como puede deducirse del párrafo siguiente que escribió Cavanilles al tratar de Onís. «Siémbrase el trigo en tiempo regular y sigue sus épocas hasta llegar a la perfección; segado y levantadas las mieses vienen otros trabajadores que aran el campo y lo siembran de maíz. Cuando éste tiene aún el fruto verde entran otros de nuevo y en el mismo campo siembran habas, que se hallan ya muy crecidas al coger el maíz; síguese a esta cosecha la de habas y a continuación se prepara el campo para sembrar maíz, que madura antes de cumplirse dos años desde que se sembró trigo». Así se suceden las cosechas cada dos años a no ser que el labrador prefiera otras. Su rico suelo, su favorable clima, sus especiales cultivos, algunos de ellos casi únicos en España, daban una mayor producción con el mismo esfuerzo, que lo que rendían otras regiones españolas menos favorecidas por la Naturaleza. Los defectos que Cavanilles encontró en el cultivo de algunas especies vegetales arbóreas, principalmente en lo referente a podas, eran generales y debidos al atraso y a la poca cultura que poseían en general los agricultores españoles. Los avances de las ciencias, en general, y más las que tienen relación con la Agricultura, penetran lentamente en la práctica, porque los labradores reciben con recelo todas las innovaciones que se les aconseja que implanten si no ven prácticamente su buen resultado; en realidad esto ocurre, ha ocurrido y ocurrirá, pues la pobre economía de muchos agricultores no es el campo más indicado para que salgan del camino trillado, que aunque sea un tanto peor que el que se les aconseja que sigan, lo tienen más conocido; pero como veremos más adelante, cuando hagamos análisis más detenido de la cuestión, no todas las causas influyentes en el atraso de la Agricultura del reino de Valencia en aquella época pueden ser imputadas a los agricultores, pues algunas emanaban de causas político-sociales, tales como los excesos que cometían los dueños

de los terrenos de cultivo al imponer a los colonos que llevaban las fincas en arriendo, condiciones duras que meraban considerablemente el fruto que legítimamente debía corresponder al labrador, como premio del trabajo de la tierra. En estas condiciones, incluso existiendo la posibilidad de que el propietario privase al colono del cultivo de las tierras que llevaba en arriendo en virtud del derecho de propiedad, el arrendatario cultivaba de mala gana la tierra, no produciendo ésta lo que hubiese rendido de haberle prestado más cuidados. No faltan a lo largo de la obra comentarios acerca de estas cuestiones relacionadas con los problemas que creaba en aquella época, en el campo, la falta de una legislación justa que ordenase con equidad los contratos que para el arriendo de tierras se hacían entre dueños y colonos, defendiendo por lo general Cavanilles a los trabajadores de las exigencias de los propietarios. Así, por ejemplo, se lee al tratar del término del Puig: «A pesar de las pérdidas que tubo el Puig por los arrozces, cuenta con 350 vecinos, cuando en 1772 solamente tenía 150. Aun sería el aumento mayor si los labradores fuesen propietarios; tienen la desgracia de que por lo común el término es de los Mercedarios, Cartujos y ricos de Valencia, quedándoles a ellos pobreza y trabajo». Y en otro lugar dice: «En Picasent se coge aceite de los más sabrosos y estimados del reino y aún sería mejor si hubiese en el pueblo los molinos correspondientes a la cosecha. Pero el señor territorial tiene o se arroga el derecho a obligar a los vecinos a que lleven a sus molinos la aceituna, y de impedir construyan otros los particulares, resultando de ahí largas demoras que alteran el fruto y disminuyen la bondad del aceite. Suelen ser tan crecidos los derechos que el cosechero paga en muchos pueblos por moler aceituna que el que adeudan 30 pies es más que suficiente para pagarle construcción y reparos del molino. Pueblo hay cuyo señor se lleva la mitad del aceite. Si los vecinos pudieran tener molinos propios sería mejor el aceite y mayor

la riqueza. Tal vez si se averiguase el verdadero origen de lo que algunos señores llaman derechos, se hallaría poco fundado y muchas veces injusto». Y en otros varios capítulos de la obra, que no copio por no abusar de las citas, se expresa de la misma manera defendiendo al labrador del derecho del propietario.

Pero aparte de esta desfavorable situación que por causas del régimen social tenían que sufrir los trabajadores que cultivaban tierras que no eran suyas, si hace reparos a una Agricultura, a veces atrasada, cuando los hace se refiere a terrenos de secano, montañosos e incluso pobres, pero las dotes de competencia y de laboriosidad de los labradores no las regatea y las pone de relieve en varios pasajes de la obra; véase este párrafo que puede leerse en el prólogo. «Para regar las huertas, los valencianos ponen a contribución todas las fuentes y ríos; algunos de éstos quedan secos antes de llegar al Mediterráneo, por los abundantes canales que les sacan. Ni se contentan con aprovechar todas las aguas de las fuentes; registran las entrañas de los montes y cerros, sin perdonar fatigas y gastos, para descubrir su origen y aumentarlas con excavaciones y conductos subterráneos; taladran montes, levantan arcos para sostener acueductos, construyen depósitos o pantanos en el fondo de los barrancos para recoger las aguas de las lluvias que se perderían en otro país de menos industria. Y cuando practicadas todas las diligencias posibles no pueden lograr riego, entonces redoblan sus esfuerzos y roban a la Naturaleza inculta los eriales convirtiéndolos en campos fértiles, suben hasta lo más alto de los montes para reducirlos a cultivo y así en varias partes del reino se ven portentos de industria en aquellos sitios que parecían destinados a una esterilidad perpetua».

A pesar de la vital importancia que para España tenía y tiene el progreso de su Agricultura, no se ve en ningún pasaje de la obra de Cavanilles alusión a la protección que por el Estado recibiera ésta, dando la sensación este silen-

cio de que había franca despreocupación u olvido en el poder central por protegerla y por fomentar su progreso. Para la región valenciana y en general para toda la zona Mediterránea el riego de sus tierras es de capital importancia; así lo reconocía Cavanilles y frecuentemente habla en su obra de la necesidad de aumentar las zonas regables, bien recogiendo todas las aguas que no eran aprovechables o realizando obras para descubrir posibles corrientes subterráneas; pero al recomendar estas obras siempre excita el celo de sus habitantes asegurándoles que serían compensados del trabajo invertido con el aumento de las cosechas y no les dice que recurran a pedir la ayuda de los dueños de las tierras o la protección del monarca. Pero si se tiene en cuenta que la mayor parte de las veces los habitantes de los pueblos no cultivaban tierras propias sino en arriendo, se comprende que no siempre los colonos se decidiesen a llevar a cabo las reformas aunque las creyesen útiles, porque sólo verían que su esfuerzo iba a beneficiar al dueño de las fincas más que a quien las llevaba en arriendo. El atraso en que ha estado sumida nuestra Agricultura, durante bastantes años, ha sido motivado entre otras muchas causas por la circunstancia de que los agricultores trabajaban tierras que no eran suyas y por eso no les daban más que los indispensables cuidados para lograr la cosecha con el menor esfuerzo, sin introducir mejoras en las fincas, aunque fuesen necesarias. Todo el mundo cuida, trata mejor y hace cuanto puede por mejorar lo propio y en cambio descuida lo ajeno. Cavanilles ya apuntó el daño que causaba a la Agricultura el hecho de que los señores de la tierra, los propietarios y capitalistas en vez de residir en los pueblos cuidando y mejorando sus tierras, cultivándolas directamente y dando trabajo a los que sólo disponían de sus brazos para poder vivir, preferían irse a las capitales, gastando en ellas en una vida de ocio, muchas veces, el producto obtenido de las fincas dadas en arriendo. Y así sucedía con frecuencia que como la vida regalada y ociosa

de estos propietarios originábales mayores gastos que los ingresos que obtenían, elevaban los arriendos o se veían obligados a malvender las haciendas, cambiando las fincas de dueño con perjuicio de tercero y eso en los casos más favorables, cuando las relaciones eran directas entre propietario y cultivador, pero en muchos casos había de por medio un administrador que con el pretexto de obtener el máximo de rendimiento a las fincas que administraba, abusaba de los labradores imponiendo condiciones por el arriendo de las tierras, que equivalían casi a tanto como a que éstos trabajasen las tierras por un miserable jornal. Más que un deseo de compenetración entre dueños y colonos existía un verdadero divorcio entre las partes sin comprender que de una mutua colaboración hubiese nacido gran beneficio para ambos; pero los dueños de las fincas alejados de ellas y sin tener para nada en cuenta los esfuerzos y privaciones de los que las llevaban en arriendo, con un afán de dominio y un deseo de sacar cada día más rendimiento a sus propiedades, abusaban de sus derechos y demandaban de los colonos la mayoría de los beneficios que obtenían éstos con el trabajo de la tierra, sin que el Estado se preocupase de intervenir en el problema, promulgando leyes acertadas que hubiesen regulado de una manera equitativa estas relaciones. En muchos lugares de la obra de Cavanilles se hace alusión a esta falta de compenetración entre labradores y señores terratenientes, pudiéndose leer párrafos como los siguientes: «De pocos años a esta parte — se refiere a Cocentaina — han aumentado las huertas a fuerza de trabajo, excavando peñas hasta descubrir aguas y anivelando terrenos reputados estériles. Seguirían con tesón aquellos hombres infatigables, si no temieran perder la propiedad o parte de sus frutos; y al contrario redoblarían sus esfuerzos si viesan condescendencia al parecer justa de parte del señor territorial. Animados entonces de nuevo, harían fructificar parte de lo inculto, podrían sustentar más familia y aumentaría el nú-

mero de vecinos a favor del Estado». En otro lugar dice : «A pesar de la abundancia, variedad y riqueza de las cosechas del reino, la mayor parte de sus vecinos viven con necesidad y pobreza. Este hecho constante parecerá increíble a quien no considere que son innumerables los que disfrutaban del reino. Además del prodigioso número de sus habitantes, hay otro muy grande de señores que extraen cuantiosas sumas correspondientes a sus rentas. Sería más feliz el reino si en él viviesen los que lo disfrutaban o si a lo menos alguna buena parte de sus rentas se emplease en fomentar las fábricas y la Agricultura y en socorrer las necesidades de aquellos labradores».

La expulsión de los moriscos ocasionó graves daños a la Agricultura en todas las provincias mediterráneas en donde residían en gran número, principalmente en las de Murcia, Alicante y Valencia; de esta última marcharon más de 200.000 almas ocupadas casi todas en labores del campo; hubo pueblos como Rellén que se componía casi exclusivamente de moriscos, de modo que por su expulsión de más de doscientos vecinos que tenía, quedó con sólo quince familias de cristianos; como consecuencia de su marcha se quedaron en el reino sin atender las tierras que ellos cultivaban; en las zonas más ricas y en las regiones regables fueron fáciles de sustituir al ser reemplazados por familias procedentes de otros lugares más pobres, o por el aumento constante que tenían las poblaciones asentadas en las zonas más fértiles, pero en los pueblos más pobres, muchos de ellos sitios en las zonas montañosas, costó más el reemplazarlos; como en muchos lugares la población musulmana sobrepasaba a la mitad del vecindario, todas las tierras que éstos cultivaban quedaron abandonadas, pues los vecinos que quedaron no eran bastantes para atender a las fincas suyas y a las que dejaron los que se marcharon. La falta de estas familias repercutió desfavorablemente en los dueños de las fincas que aquéllos cultivaban, pues dejaron de percibir rentas y eso obligó a los terratenientes a

buscar en otras regiones familias que se encargasen de cubrir el puesto de los moriscos expulsados. Y, mientras, como antes digo, no fué difícil lograrlo en las regiones ricas, costó más o no pudo lograrse en las zonas pobres. El Duque de Gandía dice que trajo 150 familias de Mallorca, que aposentó en sus propiedades de la vega de esta ciudad, y otros nobles y propietarios trajeron familias de Aragón y de Castilla; pero estas gentes, desconocedoras de los cultivos existentes en los campos valencianos, no supieron hasta pasado algún tiempo sacar al campo todo el rendimiento posible, y de aquí emanó también un decaimiento en algunos cultivos, como el del algarrobo y el del olivo, que estaban muy extendidos por toda la región.

Por estos informes que nos da Cavanilles vemos que la causa principal de que no prosperase más la Agricultura en el reino de Valencia era debida principalmente a que los labradores no cultivaban tierras propias; pero este estado de cosas no era exclusivo de la región valenciana, sino que también existía en otras muchas provincias españolas, donde el latifundio estaba extendido, principalmente en las Andaluzas y Extremeñas, perdurando en parte este estado de cosas hasta la fecha; aunque muchos economistas y políticos del siglo pasado hicieron hincapié en la necesidad de modificar este estado de cosas como el mejor remedio para que prosperase nuestra agricultura, diversas causas se han opuesto en el transcurso del tiempo a la solución del problema.

En España puede decirse que la Agricultura no ha sido dirigida desde las alturas, ni ha existido prácticamente una política esencialmente agraria, ni ha habido por parte de la mayoría de los Gobiernos una decidida protección para el campo; sólo así se explica que una Nación como la nuestra, eminentemente agrícola, no tenga en la actualidad una agricultura más floreciente y que no se baste a sí misma para cubrir muchas de sus necesidades, cuya solución sólo depende del aumento de producción de diversos productos

de fácil cultivo en nuestro suelo. En tiempos pasados nuestros gobernantes no sólo no prestaron la suficiente atención a la solución de problemas importantes en relación con nuestra producción agrícola, desoyendo consejos que daban y las soluciones que propugnaban hombres tan sabios e ilustres como Cavanilles, sino que dejaron también a un lado el buscar soluciones equitativas a problemas político-sociales, que nacían del hecho de que en varias regiones españolas la tierra no pertenecía en gran parte a quienes la trabajaban. Aquel banderín hábilmente manejado por algunos políticos en años anteriores al 1935 de «la tierra para el que la trabaja», con el que halagaban a nuestros aparceros y braceros del campo de varias provincias españolas en donde el latifundio persiste, en el fondo tenía un sentido lógico y de justicia; la tierra rinde fruto en relación con los trabajos y atenciones que se le dedican y es disculpable que los agricultores pongan más interés en trabajar las tierras propias que las que no lo son, pues el trabajo continuado de un terreno no se traduce sólo en obtener de él una mayor producción que beneficia al que lo cultiva, sino que parte de él se traduce también en mejoras de la finca, aumentando así su valor, y esto beneficia exclusivamente a su dueño; además parece natural que quien tiene sus intereses vinculados a la tierra debiera atenderlos personalmente con la perspectiva de obtener mayor interés que el que saca dándolas en arriendo.

Actualmente para el cultivo de la tierra hay que disponer de medios de trabajo costosos que muchas veces no puede tener el colono; hace falta abonar bien las tierras esquilgadas por el cultivo continuo de muchos años; hace falta introducir cultivos nuevos, esperando a veces años a que éstos rindan beneficios; hace falta acometer obras a veces costosas para cambiar cultivos de secano en regadío y todo esto no puede pedírsele al modesto labriego, cuya economía es tan mezquina que con lo que le queda del cultivo de unas tierras que no son suyas apenas tiene más

que para cubrir sus más perentorias necesidades. Por eso es aconsejable una protección decidida y continuada del Estado hacia el campo, para atraer hacia él intereses económicos particulares que bien invertidos en explotaciones agrícolas se traducirían a la vez en un buen interés para el capital y en un progreso para nuestra Agricultura.

Todas las tierras por pobres que sean son susceptibles de producir algo, y labor del Gobierno es aconsejar y hasta imponer que a cada tierra se la dedique al cultivo de aquello que dé más rendimiento estableciendo primas de producción y hasta indemnizaciones para los casos en que una producción no sea suficientemente remunerativa; poco a poco, de una manera ordenada y bien dirigida por personal técnico capacitado, debiera procurarse desterrar la rutina en nuestra Agricultura; hay que fomentar industrias susceptibles de transformar el excedente que pueda lograrse en determinadas producciones, para evitar su depreciación, ligando así los intereses económicos agrícolas con los industriales; nuestra política agraria debía de haber sido, en primer lugar, fomentar la producción en abundancia de productos básicos como feculentos, azúcares, frutos, aceites, fibras, etc., y después estimular la implantación en las regiones productoras de instalaciones fabriles que hubiesen transformado en otros productos necesarios el excedente de la producción; de esta manera se hubiese desarrollado una industria propia que no hubiese dependido de materias primas que tenemos que importar y se hubiese dado ocupación a muchos brazos que ahora, al no encontrar trabajo en el campo, abandonan el medio rural para irse a las ciudades, donde no siempre encuentran colocación adecuada a su escasa preparación para otros trabajos que no sean los propios del cultivo del campo.

El atraso en que se desenvolvía la agricultura, en pasados tiempos, no atraía a los dueños de las tierras a cultivarlas por su cuenta, porque no les rendía ganancias su explotación y también esto era otra causa para que muchos

de los terratenientes de antes y de ahora se desvinculen de la tierra, dejando sus fincas en arriendo, yéndose a vivir a las capitales con las rentas que sus patrimonios les producen, invirtiendo el sobrante en negocios ajenos a la Agricultura, con lo cual el campo se empobrecía en perjuicio de los dueños de las fincas y de la Nación.

La Agricultura valenciana en aquel tiempo, como en éste, difiere mucho según se trate de cultivos de secano o de regadío. En secano las especies más cultivadas eran y son el algarrobo, el olivo, el almendro, la vid y en menor proporción también la higuera; en unas regiones predominaba una de estas plantas sobre las demás y en otras la dominante era otra, dependiendo esto de las condiciones climatológicas y de la composición del suelo. En la región regable la morera, el naranjo y otros árboles frutales eran los que principalmente se cultivaban; aparte los árboles, el arroz y el cultivo de cereales, forrajes y otras plantas alimenticias o de fruto aprovechable para diversos usos completaban la economía agrícola de la región.

El algarrobo predomina principalmente en la zona baja montana, en sitios soleados gozando de clima benigno, pues es árbol que no resiste las heladas; es árbol sobrio, su cultivo no es difícil y aunque se desarrolla lentamente su vida se prolonga muchos años. A juzgar por el texto de Cavanilles su cultivo estaba muy extendido ya en dicha época por las provincias de Valencia y de Castellón. No en todos los pueblos se cultivaba con igual cuidado y hasta en alguno su cultivo estaba francamente desatendido. Así al hablar de Borriol dice: «Es infinito el número de algarrobos que se crían en este término; su multitud y el verde obscuro de sus hojas hace negrear las llanuras, las cuevas y los montes; pero no hay árbol donde no se note el descuido, poca limpieza y gran falta de machos».

El algarrobo, como es sabido, es planta monoica, es decir, que hay árboles con flores masculinas y otros con flores femeninas que una vez fecundadas dan origen a los

frutos; las flores son pequeñas y poco vistosas; esta diferencia de sexualidad en las plantas trae como consecuencia que los algarrobos con flores masculinas no den fruto, aunque son de absoluta necesidad para la fecundación de las flores femeninas. Pero en muchos pueblos en aquella época había cierta ignorancia sobre esto y como veían los labradores que año tras año determinados árboles quedaban sin fruto los arrancaban en su mayoría, siendo esto la causa de una menor producción de frutos en los árboles femeninos; para salvar este inconveniente se procede a injertar en un árbol femenino una rama de un árbol masculino, haciendo así que en cada árbol exista polen suficiente para asegurar la fecundación de una gran mayoría de las flores femeninas aumentando la producción de fruto. Por eso leemos al tratar del término de Onda lo que sigue: «Está muy bien poblado de olivos y algarrobos, pero poco menos que abandonados a su suerte. La madera los abrumba y las pobres hembras se ven viudas y con poco fruto. Conviene multiplicar los machos, operación fácil aun en árboles viejos, pues basta escoger algunos de los ramos nuevos de la corona y ponerle un injerto limpiando bien las inmediaciones, esto es, cortando lo viejo y muerto y aun las ramas que sirvan de estorbo. Hasta que cada árbol tenga un ramo macho, la fecundación será precaria y expuesta, dependiendo de casualidades cuales son que el viento y las abejas traigan el polvo fecundante». Al tratar del término de Alcora dice: «Los de Alcora ignoran las máximas que se deben observar en el cultivo de los algarrobos sobre la poda y el aumento de machos». De Cervera dice: «En algunos términos se ven robustos olivos y muchísimos bosques de algarrobos, en otras de mayor extensión viñedos, en otras sembrados y por todas partes higueras y tal cual almendro. No hay que buscar aquí árbol alguno en que brille el cuidado o la ciencia del cultivador; ni un solo algarrobo se hallará en el término que reúna por injerto los dos sexos; todos los más son hembras; los poquísimos machos que hay

sólo por su poca corpulencia se libraron de la cuchilla del labrador ignorante». Podríamos aducir más testimonios como estos, para demostrar que en muchos pueblos valencianos la Agricultura estaba relativamente poco desarrollada en cuanto al cultivo de este árbol se refiere.

El algarrobo es originario de Centro Oriente y su cultivo debió de introducirse en España en época antigua, siendo en la región Mediterránea fomentado por los árabes. Siendo tan antiguo su cultivo y estando tan extendido por la zona Levantina, se comprende mal este atraso en cuanto a la práctica de las principales labores que requiere para sacar de ellos la máxima producción; por otro lado, este atraso que vemos existía en algunos pueblos no era general en toda la comarca, pues como contraste vemos otros pueblos donde lo cultivaban bien; así sucedía por ejemplo en Vallada, en el antiguo término de Montesa, de donde dice Cavanilles: «Aquí se cultivan bien los algarrobos y hay labrador que de la poda de ellos hace más carbón y leña del que necesita para su consumo, logrando de este modo abundantes cosechas».

La circunstancia de ser casi todos los vecinos de algunos pueblos agricultores con tierra en régimen de arrendamiento, influía también en el descuido en que se hallaban algunos cultivos, pues era y es consecuencia general de este sistema de arriendo, pues cuando no impera un régimen de equidad, el colono no da a la tierra todos los cuidados y trabajos que el cultivo necesita; por eso Cavanilles escribe en varios pasajes de su obra párrafos como este: «Cuando el labrador es propietario del suelo que cultiva redobla sus esfuerzos al paso que aumenta su familia y sus obligaciones. Pero cuando el cultivador es mero arrendatario y por corto tiempo, de cuatro o seis años, no quiere hacer aumentos en el campo por el justo recelo de trabajar para otros o de verse despojado del fruto que debía esperar más adelante». Y en otro lugar se lee: «Y no es este el mayor mal que sufren los vecinos de Santa Cruz, sino la triste

suerte de ser meros arrendatarios. No teniendo la seguridad de conservar por muchos años los campos que cultivan carecen de estímulo para mejorarlos de un modo sólido y permanente. De ahí que aunque logran terrenos fértiles, aguas abundantes y diversas posiciones aptas para variar los frutos, todos son pobres y muchos miserables. Cogen en su término 2.400 fanegas de trigo, 120 de panizo negro, 1.800 cántaras de vino, 300 libras de seda, mucha fruta y hortalizas. Ellos lo sudan y cogen, mas otros lo disfrutan. *Sic vos non bovis...*

Este estado de cosas en relación con la Agricultura no era exclusivo de la región valenciana, pues el mal abarcaba a casi toda España y acaso él ha sido el obstáculo principal para el avance y progreso de nuestra Agricultura; pero si el sistema de arrendamientos rústicos era en general poco favorable para el colono, el daño general se hacía más patente en regiones como la valenciana, donde los principales cultivos eran arbóreos que en otras regiones españolas cuyos terrenos principalmente se dedicaban a cultivos de cereales, pues en estos las mejoras en el cultivo y los trabajos dados a la tierra rendían su fruto al año beneficiándose el cultivador, mientras que tratándose de árboles o de vides era preciso esperar varios años para obtener un rendimiento que compensase los trabajos y cuidados dados a las plantaciones y los colonos no tenían ninguna seguridad de lograrlo al estar a merced del propietario que podía disponer de las fincas sin tener en cuenta los sacrificios de los arrendatarios.

En el reino de Valencia por el siglo XVIII quedaban todavía extensiones grandes de terrenos que eran propiedad de títulos los cuales a falta de leyes que regulasen las obligaciones entre dueños y colonos en relación con el cultivo de las tierras abusaban de su derecho de propiedad; véanse en relación con esto dos interesantes párrafos que pueden leerse en el tomo 2.º páginas 125 y 126.

«Al paso que los reyes de Aragón conquistaban el reino



de Valencia iban manifestando su agradecimiento a los compañeros de sus victorias repartiendo entre ellos las tierras conquistadas. Cediéronlas luego éstos a los colonos bajo pactos e impuestos perpetuos que se agravaron con el tiempo respecto a los moriscos. Siguiéronse así las cosas hasta el año 1609, en que se publicó el edicto para extrañar del reino a los morismos, y verificada la expulsión experimentaron los señores menguas considerables en sus rentas por faltarles tantos millares de contribuyentes; heredaron de los expulsados los bienes raíces y muebles, pero la falta de brazos hizo que quedaran infructuosas las vegas y campos fértiles del reino. Para remediar estos daños buscaron colonos, y rotos los tratados o encartaciones antiguas se hicieron nuevos pactos o capítulos de población. Las condiciones fueron más gravosas donde mayor fué el número de pretendientes, mejor la condición de los campos y menor la bondad natural de los señores. Unos se contentaban con la octava o sexta parte de los frutos, otros con la quinta o cuarta y algunos exigieron la tercera reservándose además varios derechos como de almazara, lagar, horno, mesón, etc. Como al tiempo de la expulsión muchos cristianos viejos poseían las haciendas que cultivaban, la confiscación se extendió solamente a las que dejaban los expulsos, y como al venderlas de nuevo los señores ponían condiciones gravosas, resultó la diferencia que hoy se conoce de tierras libres y tierras pechadas, en un mismo señorío y no pocas veces en dos campos contiguos si el uno perteneció a moriscos y el otro a cristianos. Aún es más notable otra diferencia que se observa en las tierras viéndose en un mismo campo olivos, algarrobos o moreras pechadas al lado de otras libres. Originóse esto que muchos moros convertidos al cristianismo no cumplían con las obligaciones de cristiano y para forzarlos y castigarlos al mismo tiempo se les castigaba con la pérdida de un árbol de su hacienda que quedaba a beneficio de la Iglesia. Práctica que privaba a los legítimos herederos del derecho que tenían sin me-

jorar la condición de los culpados; porque nuestro espíritu sólo se convence con razones y por lo común se agría con castigos corporales o con multas.

Otro interesante párrafo de la obra de Cavanilles que nos ilustra también acerca del abuso del derecho de propiedad según hoy lo vemos y que motivaba el atraso de la Agricultura es el siguiente: «No estaba en otros tiempos tan cultivado el término de Ayelo; pero la necesidad de subsistencias que se aumentaba cada día en proporción de los vecinos y el creer éstos que el terreno inculto no adeudaría derechos, mayormente los primeros seis años del arriendo, les animó a plantar algarrobos y olivos. Lograron efectivamente cierta franquicia por aquel tiempo y alentados con los primeros frutos de su industria multiplicaron los plantíos. Reclamó el señor territorial los derechos mirando como suyas las mejoras hechas por los colonos y viendo éstos un triste desengaño volvieron sus industriosos brazos hacia los eriales de los términos convecinos de Montesa, Ollería y otros que convirtieron en campos fructíferos aumentando la masa de frutos que cogen en el suyo»; y a continuación el espíritu justiciero de Cavanilles se manifiesta ante lo que a él le parece injusto y dice: «No disputo a los señores el derecho a la porción de frutos que estipularon al tiempo de repartir sus tierras o de venderlas enfiteúticamente; pero no puedo persuadirme que lo tengan para cobrar la cantidad de frutos en aquellas tierras que eran eriales al tiempo de la venta y aún dado que lo tengan, la razón, la equidad, la utilidad común parecen pedir cierta reforma. El valor de estas tierras se debe a la industria, al ímprobo trabajo del cultivador, que habiendo recibido un suelo estéril, pedregoso, sin aguas, sin cultivo, supo transformarlo en campos útiles y muchas veces en huertas, arrancando peñas y haciendo excavaciones en busca de la tierra y de las aguas. Si los señores pidieron la tercera parte de los frutos y los nuevos colonos convinieron en ellos respecto a huertas y campos fructíferos, fué sin duda

porque éstos y aquellas se hallaban en estado de pagar con usura los trabajos del cultivo, en que los dejaron los industriosos moros y moriscos. Así parece duro, por no decir injusto, pretender iguales derechos en aquellos campos que empezaron a ser útiles entre manos del colono. Esta pretensión por desgracia introducida y sostenida se opone a los progresos de la Agricultura y de la Industria porque nadie quiere emplear su sudor y trabajo en enriquecer a otro, mayormente sabiendo que hay en el reino tierras cuyos impuestos son llevaderos y útiles a los señores y colonos.»

Aunque frecuentemente nos da Cavanilles datos de los frutos recogidos en cada pueblo, no nos da estadísticas totales del volumen de frutos de algarrobo recogidos en toda la región así como de los árboles que se cultivaban, por cuya razón no podemos con exactitud conocer si en aquella época era este cultivo superior al actual. Probablemente en los siglos XVII y XVIII el cultivo del algarrobo en tierras levantinas fuese más intenso que actualmente, aunque también es posible que el rendimiento en igual número de árboles fuese menor que en la actualidad, principalmente porque hoy se sabe dar a este árbol mejor cultivo que ha de traducirse en mayor rendimiento; ya hemos visto que eran muchas las zonas donde imperaba el predominio del algarrobo, pero también donde éste se cultivaba defectuosamente, principalmente en cuanto a podas e injertos se refiere, cosa que actualmente no ocurre. Actualmente en algunas regiones ha disminuído el cultivo de este árbol por causa de haberse transformado las tierras de secano en regadío y esto es causa de un cambio total en los cultivos; pero sin haber cambio tan radical durante el pasado siglo disminuyó la cantidad de algarrobos porque a causa del bajo precio de su fruto no compensaba su cultivo y fueron sustituídos por otros árboles, almendros y olivos, principalmente en aquellos terrenos que eran apropiados para ello. Antiguamente las aplicaciones del fruto del algarrobo

eran casi exclusivamente para alimento del ganado, sobre todo del caballar y del mular vendiéndose el excedente a precios relativamente bajos, lo cual era causa de que no compensase criar algarrobos en tierras aptas para otros cultivos. En la actualidad este fruto se ha revalorizado mucho por las aplicaciones que tiene como alimento humano y para la producción de gomas de sus semillas por lo cual de nuevo se cuida y se extiende su cultivo.

Tan extendido o más que el algarrobo estaba el cultivo del olivo y con frecuencia ambos árboles compartían la riqueza agrícola de muchísimos pueblos levantinos; el olivo requiere clima benigno y terreno seco y aguanta más los fríos que el algarrobo, por eso es dable su cultivo en parajes donde por ser más fríos no prospera bien este árbol o en regiones de clima más extremado como sucede en ciertos lugares de la provincia de Castellón donde lo cultivaban pueblos de la región de Morella en donde apenas había algarrobos; respecto a suelo es acaso más exigente, pues necesita terrenos más pingües que éste. En relación con el cultivo de este árbol Cavanilles le dedica tanta atención y hace los mismos o parecidos reparos que expone cuando trata del cultivo del algarrobo; después de todo esto es natural ya que ambos requieren parecidos cuidados y es lógico que siendo así allí donde cultivaban mal un árbol afectasen los mismos o parecidos descuidos al otro, principalmente en cuanto a la práctica de podas se refiere. Así en un lugar de la obra puede leerse: «Los vecinos del Valle del Valldigna, que ignoraban las máximas de la Agricultura, levantaron el grito contra el Abad y sus obreros, llegaron a creer que la multitud de ramos cortados acabarían con la vida de los árboles, pero dieron luego las gracias al ver las cosechas abundantes que siguieron.

Esta creencia de que los árboles podían morir a causa de la mutilación a que son sometidos por la práctica de las podas estaba muy extendida y les hacía ser a los labradores refractarios a ponerla en práctica; por eso, en varios

lugares Cavanilles les aconseja que desechen esos temores, pues la poda hecha en tiempo oportuno lejos de causar daños al árbol le beneficia, pues al quitarle las ramas viejas la nueva savia produce otras ramas nuevas que han de dar más fruto y así dice: «No se atreven los labradores a aplicar la cuchilla a los olivos creyendo falsamente que a la poda seguirá la muerte de los árboles aunque ven subsistir algunos que la sufrieron. Los ricos debieran de dar ejemplo empezando a practicar las reglas del arte, pero por desgracia ellos son los más preocupados».

En algunos puntos los olivos ya se podaban tal vez por haberlo aprendido de los moros o acaso por casualidad, pues al hablar Cavanilles del distrito de Denia, donde encontró los olivos bien cuidados y podados, dice: «La práctica recibida en Denia de podar los olivares pudo tener su origen en el fenómeno que se observó después de las guerras de sucesión. Las tristes circunstancias en que se halló la plaza forzó a cortar los árboles dejando solamente el tronco; pasó aquella época desgraciada y con la paz recobraron los árboles la libertad de arrojar nuevos ramos siguiéndose abundantes cosechas por diez años sin interrupción. Este solo hecho debiera desterrar toda preocupación».

No siempre era la ignorancia la causa del mal cuidado que se daba al cultivo del olivo y del algarrobo, sino que a veces a ese inconsciente abandono se unían también otros prejuicios erróneos nacidos de la ignorancia y poca cultura que en general tenían las gentes del campo, como puede deducirse de este párrafo: «Los labradores de la Baronía cultivan con conocimiento los algarrobos y en todos ponen un injerto macho para asegurar la fecundación y el fruto. No sucede así con los olivos cargados de leña inútil y con mil obstáculos que impiden la entrada del sol y del aire. Han oído hablar de la útil práctica recibida en la Hoya de Castalla y en otras partes del reino, pero creen que siendo de otra calidad los olivos jamás podrán sufrir la poda sin padecer daños considerables. Convendría hacer la experiencia

con algún olivo y que una mano diestra hiciese la operación debida para manifestar que la preocupación finge riesgos sin examen e impide los progresos de la Agricultura». Y a continuación, conociendo Cavanilles la idiosincrasia del labriego que no se decide a hacer en sus cultivos más innovaciones que aquellas que está seguro que han de darle fruto por haberlo apreciado en experiencias llevadas a cabo por otros, añade: «En Novelda, como veremos, reinaba igual idea y quedaban aquellos corpulentos olivos muchos años sin fruto; se atrevió a romper las barreras de la ignorancia y opiniones vulgares don Francisco Sirera; aplicó el hacha a aquellos árboles echando al suelo cuanto les abrumaba sin utilidad y muy presto logró abundantes cosechas; a su ejemplo sus vecinos han practicado igual remedio en sus olivares y han logrado las mismas ventajas. Hagan los de la Baronía la experiencia en algunos olivos y echarán de ver la diferencia que resulta a su favor».

En otros lugares las deficiencias las encuentra en que cultivan los árboles demasiado próximos tocándose las ramas e impidiendo que por entre ellas circule el aire y penetren los rayos solares, como sucedía por Segorbe: «Los segorbinos están atrasados en el cultivo de los olivos. Plantan muchas estacas o ponen varias púas a un tronco dejando subir y formarse tres o más árboles reunidos. A esta confusión añaden la multitud excesiva de ramas que dejan crecer abandonadas a su suerte. Debieran conservar un pie solo arrancando los demás para plantarlos en otro sitio y dejar sobre cada pie tres ramas principales abiertas en forma de trébedes, cortando las restantes sin perdón alguno».

Había también pueblos en donde las mismas condiciones de los contratos de arrendamiento impedían a los labradores introducir en los olivares prácticas que parecían a sus dueños perjudiciales, como puede deducirse de este párrafo: «Los de Vilavella quisieran arrancar algunos olivos que parte por vejez y parte por falta de buena educación y cuidado ocupan el suelo sin dar fruto, mas no pueden ha-

cerlo porque el señor del pueblo se lo prohíbe. Si los fundadores por preocupación o práctica recibida pusieron leyes oportunas y aun análogas a las circunstancias en que vivieron, deben los sucesores mejorar la condición de sus coetáneos anulando pactos y leyes que no sirven, ya porque mudaron los precios por capricho o nuevo gusto. Para que prospere la Agricultura debe el labrador tener libertad en la elección de los vegetales que quiera cultivar y en la venta de frutos».

En el caso del algarrobo el buen cultivo y las podas apropiadas se traducían siempre en un aumento de fruto y por lo tanto en un mayor beneficio, pero en el cultivo del olivo, aunque sucediese igual, como no era sólo el fruto de que al final había de producir ganancia, sino el aceite obtenido de ese fruto, era también necesario cuidar de las operaciones que se efectuaban para obtener el aceite a partir de las aceitunas. El rendimiento en aceite logrado del cultivo del olivo en algunos lugares era escaso, no sólo debido al deficiente cultivo del árbol, sino también a causa de no recoger el fruto en debidas condiciones o de dejar las aceitunas amontonadas demasiado tiempo sin molturarlas». Es lástima — dice Cavanilles — que en el Valle se exponga a riesgos gran parte del aceite por la costumbre de esperar a coger la aceituna cuando cae naturalmente. El fruto está en sazón antes de caer, cuando adquiere un color rojo-negro y cierta blandura que se conoce apretándolo lo con el dedo; desde aquel punto lejos de aumentarse el jugo se empobrece, se engruesa y empieza a alterarse. También queda expuesta la aceituna a agusanarse y a otros accidentes conservándola hasta marzo o abril y por eso convendría cogerla con anticipación y a mano. Sin duda hallarían pagados con usura los gastos que causa este método».

Contribuía también a disminuir la cosecha de aceite el hecho de verse los labradores obligados muchas veces a tener que moler la aceituna en molinos propiedad del señor de la tierra, escasos en número y en condiciones defi-

cientes, motivo por el cual parte de la aceituna recogida tenía que tenerse largo tiempo amontonada, expuesta con ello a sufrir fermentaciones que disminuían la cantidad y la calidad del aceite; los molinos defectuosos trituraban incompletamente la aceituna y las prensas no exprimían la pulpa lo suficiente para hacer una completa extracción del aceite; por eso dice Cavanilles al hablar de la Baronía de Planes: «Mayor sería la cosecha de aceite o por lo menos de mejor condición, sin el perjuicio que experimentan los vecinos de los cuatros pueblos precisados a moler la aceituna en los molinos del señor territorial. No bastan las que existen para beneficiar oportunamente la cosecha y tienen además en mal estado; defecto reprehensible y mucho más a vista de los crecidos derechos, que son la tercera parte del aceite, la remuelta y el erraje».

Estas deficiencias en cuanto a la recolección de la aceituna, así como las malas condiciones en que estaban los molinos donde se verificaba la extracción del aceite, eran en parte motivo no sólo de que se perdiera parte del que contenía el fruto, sino que además el aceite resultaba de mala calidad. Cavanilles conocía las prácticas más modernas en su época para elaborar aceite de mejor calidad y no sólo apunta como hemos visto los defectos y vicios que eran la causa de la obtención de un mal producto, sino que va más allá dando instrucciones que de llevarlas a la práctica mejorarían dicha producción; por eso al hablar de Onís dice: «Mejor sería el aceite si a imitación de los Provenzales se perfeccionase la práctica y manipulación y no tendría la Francia el derecho exclusivo de proveer de aceite las mesas delicadas y no seríamos tributarios de ella de este artículo». Y a continuación da instrucciones de cómo debe procederse para conseguir un buen producto: «La aceituna — dice — debe cogerse a mano y en tiempo seco, sin esperar a que caiga; debe separarse la sana de la dañada y molerse pasados sólo dos días, sin darle tiempo a que fermentase y se corrompiese. Debieran multiplicarse los mo-

linos para el aceite común, limpiarse con lejías, como igualmente los utensilios necesarios. Convendría mucho que los propietarios tuviesen molinos particulares según el método de Mr. Sieuve para separar el hueso de la carne y extraer de ella el aceite virgen, llevando después el residuo y los huesos a otros molinos para extraer el aceite que queda. La costumbre envejecida, la falta de luces y de comercio, el exorbitante derecho de almazara son obstáculos que debieran vencerse. Algunos hallarán otros de bulto en la grandísima cosecha de aceite que tenemos en España, como si las riquezas embarazasen, o como si toda se hubiese de fabricar por el método de Mr. Sieuve».

La cosecha de aceite en algunas regiones era grande, superior desde luego a la necesaria para el consumo de la población rural, pero Cavanilles no nos dice hacia dónde derivaba este excedente, ni si había desarrollada alguna industria a base de él; probablemente en parte se destinaría a cubrir las necesidades que de él tenían los pueblos y poblaciones del litoral, en donde apenas se cogía para cubrir las necesidades de sus habitantes; de todos los modos el comercio del aceite no debía de ser muy intenso, pues como antes hemos visto achaca a la falta de comercio uno de los obstáculos que se oponían a que mejorase la calidad del aceite. La fabricación de jabón a base de los aceites de baja calidad no tenía aún gran importancia y sólo cada familia prepararía el necesario para sus necesidades, como veníase practicando hasta los primeros del siglo XX en la región aragonesa-catalana aceitera, donde empleaban a más de aceites de mala calidad cenizas del epicarpio de las almendras, ricas en sales potásicas, obteniendo así un jabón blando de potasa; sin embargo, en algunas regiones ya empezaba a extenderse la fabricación de jabón en gran escala, pues según dice Cavanilles: «En Albaida hay 12 fábricas de jabón y en ellas se hacen al año 22.000 arrobas de esta materia útil que ellos mismos extraen haciendo así activo y más provechoso el comercio» y en Villafranca

dice que también algunas personas estaban ocupadas en una fábrica de jabón que producía alrededor de 12.000

La mayor parte del Sur de Valencia era la principal productora de aceite. Cavanilles nos dice de cada pueblo la cantidad aproximada de la cosecha anual, pero para el fin que nosotros buscamos no tienen estos datos gran valor y los omitimos; sólo para que los que me escuchan se den cuenta de la importancia que esta cosecha tenía en algunos pueblos daré la cifra de lo recogido en algunos; Así en Onteniente se cosechaban 19.000 arrobas, en Ayelo 2.000, en Ollería 10.000, en el Marquesado de Albayda 18.000 y grande era también la obtenida en la región de Denia.

Y como una prueba más de la atención que Cavanilles prestaba a la Agricultura copiamos este párrafo donde condensa lo conocido en su época en relación con las enfermedades que sufrían los olivos: «Vi en los olivos tristes efectos de la enfermedad que allí llaman barrineta. Tenían secas las extremidades de los ramos en longitud de pie y medio, empezando el daño en el punto donde los insectos las picaron o taladraron. Mr. Bernard en la memoria que presentó a la Academia de Marsella sobre el cultivo del olivo dió a conocer las especies de insectos perjudiciales a este árbol, describiendo perfectamente sus diferentes formas, inclinaciones, ocupación y vida; pero ni él ni ningún otro ha descubierto medio de preservar este árbol precioso». Se extiende después Cavanilles haciendo una descripción de esta enfermedad y de otras producidas por otros insectos para terminar diciendo que no se conocía aún ningún medio eficaz para impedir el daño que al olivo causaban estos insectos. «Si no procede un invierno riguroso que destruya o disminuya los insectos, nada harán los olores fuertes que algunos han querido vender como remedio».

También la vid era en aquella época ya objeto de cultivo en gran escala en la mayor parte del reino y el bene-

ficio que este cultivo reportaba unido al obtenido por los otros completaba la riqueza agrícola de las regiones más prósperas de secano. Había principalmente dos zonas en donde este cultivo era más intenso; una en la comarca de Castellón, por Vinaroz, Benicarló y otros pueblos de esta región y otra en la huerta de Alicante. En Vinaroz dice Cavanilles que se cosechaban 180.000 cántaros, en Benicarló 225.000, en la huerta de Alicante 222.888 en el regadío y 64.291 en el secano y en otras localidades cercanas cantidades menores, pero de bastante importancia; representaba, pues, la cosecha de vino un ingreso de consideración, pues en Vinaroz dice que se vendió a 12 reales de vellón la cántara en 1792. Mucho de este vino se consumía en las regiones productoras y la cantidad sobrante se destinaba en parte a la exportación y parte se destilaba para la obtención de aguardiente. Al ocuparse Cavanilles de Vinaroz dice: «El vino de esta marina, incluso el de Alcalá, es precioso y muy estimado por los extranjeros por ser fuerte, espeso y negro, condiciones propias para poder sufrir después las manipulaciones y mezclas que los mercaderes practican». Mucho de este vino así como otras frutas y productos recogidos en los campos de Vinaroz y Benicarló y otros pueblos se exportaban por el puerto de Vinaroz, cuyo tráfico debía de ser bastante grande en aquella época, contribuyendo a la prosperidad en que vivía la villa en esa época, ya que dice Cavanilles: «Si se compara esta suma de frutos — los recogidos en el término — con el número de vecinos, lejos de ser felices se verían muchos de ellos en la miseria; pero tienen otros recursos los de Vinaroz, que son la marina y el comercio. ¡Ojalá que el lujo no hubiese penetrado hasta la clase inferior del pueblo! A no ser por la marina, o se hubiese despoblado la villa o hubiese disminuído notablemente.

El vino de Alicante era también muy apreciado y lo hacían principalmente con la uva llamada de moscatel. «El vino de Alicante — dice Cavanilles — debe hacerse de

la uva moscatell, y de ellas resulta aquel vino tinto, espeso, de un sabor dulce con alguna aspereza, tan estimado de todas las naciones».

La fabricación del aguardiente, que estaba extendida por toda la región vinícola, utilizaba también parte del vino de peor calidad que no se consumía ni exportaba; en la Jana, Canet, Segorbe, Liria, Castalla y otros pueblos había fábricas de aguardiente de vino que probablemente sacarían a otras regiones. A propósito de esto, en la página 45 del tomo primero se lee: «El vino es flojo y de poca duración, por lo cual se destinaba a aguardientes cuando había tantas fábricas en el reino como vimos hasta el principio de la guerra actual; las fatales consecuencias que ésta ocasionó y otras originadas de ponerse obstáculos a la industria han disminuído el valor del vino y tal vez quitaran a muchos labradores el deseo de multiplicar los viñedos. Se cogen en nuestro reino muchos millones de cántaros de vino que de ningún modo se pueden consumir en él; es preciso acudir a la extracción, y facilitándole las fábricas de aguardiente, sería útil dar premios al que fabricase mayor cantidad y proporcionarse mayor salida; crecería entonces el cultivo, el fruto y las riquezas».

Parte de la uva de mejor calidad que se producía en las regiones más cálidas se empleaba para consumirla en fresco como fruto, exportándose en parte a otros puntos y buena parte de ella se destinaba para hacer pasas, principalmente en la comarca de Alicante; así en Jabea se producían 32.000 arrobas de pasa, en Benisa 8.000 y cantidades también grandes en otros pueblos de la región. Al tratar Cavanilles de Benisa dice: «En esta parte del reino se hace más pasa que en la occidental y de mejor condición por provenir en gran parte de la uva moscatel, que reducen a pasa cogiéndola madura y escaldándola con lejía. Esta se hace con las cenizas ordinarias que recuecen con ramos de Adelfa, Torbisco y Romero y ponen después en un tinajón agujerado por abajo para que pueda salir el agua cargada de

las partículas alcalinas. Suelen aumentar la fuerza de la lejía añadiendo dos o tres libras de cal viva para cada barchilla de ceniza. Hecha la lejía la ponen a hervir en una caldera e introducen los racimos en un cazo lleno de agujeritos, sacándolos inmediatamente para llevarlos al tendedero. El director de esta operación tiene a mano un cántaro con lejía fuerte y otro de lejía floja. Si el pellejito de la uva sale de la caldera con rajadas o cortes es prueba de que la lejía que hierve es sobrado fuerte y entonces añade de la floja, y al contrario si sale poco marchito indica que no es bastante fuerte la lejía de la caldera y es preciso añadir de la fuerte. Si hay peñas limpias en las inmediaciones se tiende sobre ellas la uva escaldada, y si no, sobre cañizos o plantas preparadas para este fin, que suelen ser la *Artemisia campestris*, llamada por eso vulgarmente bocha o herba pansera. Déjase allí unos tres días según la fuerza del sol y al tercero o cuarto se vuelven los racimos de arriba abajo para que se sequen perfectamente y queden en estado de conservarse en almacenes o depósitos. Si la pasa se encierra antes de haber perdido toda humedad padece daños y alguna vez se pierde enteramente. Por eso es mal año de pasa cuando llueve en los días en que se halla tendida.»

Menos extendida estaba la fabricación de arrope, que lo hacían a base de mosto de uva; el arrope más bien que producido en gran escala lo hacía cada particular en pequeña cantidad para sus necesidades al igual que otras confituras y dulces; no obstante, en Beniganim dice Cavanilles que además de coger 70.000 cántaros de vino hacían 30.000 arrobas de arrope, el más estimado del reino, y dice cómo lo hacían, que era de la manera siguiente: «Para fabricarlo escogen uva sazónada que no esté sobrado madura y de ella exprimen el zumo con limpieza; a este licor antes de que fermente le añaden marga blanca sumamente caliza, cuyo peso debe ser la duodécima parte del líquido y con esta mezcla lo ponen al fuego en un caldero donde hierve media

hora; lo apartan de allí pasado algún tiempo y se precipitan al fondo las heces y la tierra quedando encima el licor sumamente limpio. Así defecado lo pasan a otro caldero y lo hacen hervir como dos o tres horas hasta que toma la consistencia que se reputa necesaria. Esta se conoce haber llegado al debido punto cuando cayendo una gota de arrope en un vaso de agua se precipita al fondo y vuelve a subir a la superficie sin mezclarse con el agua. En este estado ponen en cántaros el arrope y lo conservan o lo emplean en confitar membrillo y otras frutas».

Parte del aguardiente, las pasas y el arrope producido se consumía en la región y el excedente lo llevaban principalmente los arrieros al interior de España. Aunque Cavanilles no hace alusión al origen de esta fabricación casera de pasas y arrope es probable que fuesen introducidas por los árabes.

El cultivo del almendro estaba principalmente localizado en la comarca de Alicante; la cosecha de fruto de este árbol en el resto del reino era escasa y su valor influía menos en la economía de la población agrícola que en ella vivía; este árbol aunque menos extendido que otros podía tener en la región un cultivo más extenso, y frecuentemente aconseja Cavanilles que se le cultive en suelos donde el algarrobo o el olivo no se dan bien. En las páginas 177 - 179 describe el cultivo de este árbol y se extiende en consideraciones sobre las muchas utilidades que reporta en forma tan acertada y con tal conocimiento del asunto que difícilmente se podría hoy mejorar. La cosecha de almendra era ya considerable en algunos pueblos como Jijona, donde dice que se recogían 7.000 arrobas de almendra mondada; por cierto que ya en aquella época se producía en gran cantidad el conocido turrón llamado de Jijona, que tan apreciado es hoy tanto en España como en el extranjero. Para la fabricación de este turrón empleaban la almendra que se pro-

ducía en la región a más de una gran cantidad de miel que traían de otros pueblos próximos donde había gran número de colmenas. Parte de la cosecha de almendra que no se empleaba en las fábricas de turrón se consumía en el país, pero también era grande la cantidad que se mandaba fuera, no sólo a regiones de España, sino también al extranjero; este comercio con el exterior se hacía principalmente por el puerto de Alicante, por donde se exportó en el año 1795 hasta 14.400 arrobas de almendra mondada.

Otra fuente de recursos encontraba el campesino levantino en el cultivo de la morera, de la cual obtenía la hoja necesaria para el alimento del gusano de la seda.

Con ligeras excepciones puede decirse que había moreras en todo el reino, cultivándose éstas tanto en el terreno de secano como en el de regadío; las atenciones y cuidados que les prestaban eran diferentes en unos sitios que en otros y, al igual que hemos visto con olivos y algarrobos, había pueblos y aun regiones en donde se cultivaban con esmero, mientras que en otros sitios las tenían descuidadas por abandono e ignorancia en aplicarles las prácticas agrícolas que más útiles les eran. En la zona montañosa de la comarca de Castellón se cultivaba la morera mal, como sucedía en general con los demás cultivos; así dice Cavanielles al hablar del pueblo de Forcall: «También hay muchas moreras con cuya hoja se hacen sobre 1.000 libras de seda, pero este precioso árbol se puede reputar aquí como silvestre por el abandono y preocupación del labrador, que sólo cuida de injertarle; se le ve lleno de nudos y de las innumerables ramitas que fué arrojando sucesivamente, cuya multitud y confusión ocasiona que el hombre más diestro apenas pueda coger en un día dos arrobas de hoja, cuando en la ribera y huertas de Castellón y Valencia coge hasta cincuenta; esta sola diferencia ocasiona un gasto veinticinco veces mayor en la colección de la hoja y ocu-

pa inútilmente los brazos que podrían emplearse en el cultivo.»

Al parecer el descuido en la limpieza y poda de estos árboles tenía como base la creencia generalizada de que los hielos mataban las moreras podadas, pero contra este prejuicio sale Cavanilles diciendo: «No convendría ciertamente allí podarlas hasta la corona por crecer con dificultad los renuevos; pero sin duda fuera útil limpiarlas cortando las ramas transversales y conservando las rectas, con lo cual se facilitaría la colección y quitada la leña inútil la hoja sería mejor». Pero no era así ni es fácil desterrar en la Agricultura los vicios y costumbres de las gentes del campo y así lo comprendía Cavanilles cuando dice: «Las costumbres y la preocupación son obstáculos poderosos en la Agricultura; lo hicieron mis padres, es la Ley del labrador.»

El cultivo de la morera no se hacía por igual en las tierras levantinas; en unos sitios las moreras ocupaban el suelo convenientemente espaciadas, permitiendo así poder sembrar entre ellas plantas herbáceas u hortalizas y en otros estos árboles ocupaban márgenes de fincas, orillas de caminos y paseos o espacios abiertos cercanos a las casas que había diseminadas por los campos; según estuviesen dispuestas de una u otra manera, la poda y el cultivo eran diferentes.

En las regiones de terreno regadío las moreras eran podadas periódicamente — cada tres años por lo general —, cortándoles completamente todas las ramas a la altura de su inserción en el tronco, de forma que éste quedaba sin rama alguna; de esta manera cuando el árbol no moría arrojaba numerosas ramas, que daban hojas grandes y tiernas y, además, no daba apenas sombra a los cultivos que se ponían entre dichos árboles; esto favorecía la recolección de la hoja, pues en las ramas jóvenes ésta se cogía con más facilidad que en las ramas viejas; así dice Cavanilles al hablar de la región de Gandía: «Como el suelo produce sin cesar cosechas de mucho precio, para que éstas pros-

peren sin obstáculos gobiernan las moreras del mismo modo que en la huerta de Valencia, cortándoles cada tres años todos los ramos hasta la corona. Son frecuentes y considerables las heridas que esta práctica ocasiona a las moreras, resultándoles enfermedades que pudren el corazón del árbol y lo matan; pero se reemplaza con otro, sin que los gastos lleguen con mucho al beneficio que rinde el suelo, el cual quedaría inútil por la sombra que echarían las moreras gobernadas de otro modo.»

En lugares de la provincia de Castellón más fríos y donde la morera no se cultivaba de esta forma o donde vivía en márgenes de fincas o caminos, la poda se ejercía menos violentamente, dejando las ramas principales abiertas, para que las ramillas que de éstas salen den cada año abundancia de hojas aprovechables; por eso dice Cavanilles al hablar de Pego: «No mortifican las moreras con frecuentes heridas como en las huertas de Valencia y Gandía; antes al contrario, conservan siempre los cimales o ramos principales, que dejan bien abiertos para que el sol y el aire entren sin obstáculos y permitan crecer aquellas varas o ramos secundarios que contribuyen a aumentar la hoja.»

Ya hemos dicho que en casi toda la región se cultivaba en más o menos escala la morera, pero donde mayor cantidad había era en la huerta de Valencia y en las regiones de Gandía, Denia, Orihuela y Segorbe; en estos sitios, casi todos de regadío, la morera se desarrollaba más y daba más hojas y, además, a causa de haber población diseminada por la huerta el cultivo del gusano se hacía en más escala.

El cultivo del gusano requiere espacio amplio para poder tender los cañizos donde se le tiene, a poder ser mejor al aire libre; como el gusano consume mucha hoja, conviene tener cerca los árboles que la suministran; por otro lado, como su cuidado requiere atención constante, sobre todo al acercarse la última muda, en que consume mucha

hoja y hay que renovarla con frecuencia, estas atenciones y cuidados podían prestársele más fácilmente en las cabañas que había diseminadas por la huerta que en las poblaciones y el cuidado de los gusanos y la cogida de la hoja corría, por lo general, a cargo de las mujeres e hijos de los huertanos, encontrando así éstos una ocupación lucrativa y menos fatigosa que el cultivo de las tierras, sin tener, además, que abandonar los cuidados y atenciones de la casa.

La cantidad de capullos de seda que se recogían anualmente en el reino de Valencia era grande; en un párrafo de la obra que comentamos, dice Cavanilles de la morera lo siguiente: «Es tal la multitud que suministran alimento a los innumerables gusanos que fabrican anualmente millón y medio de libras de seda», y en otro lugar, al hablar de las fábricas de seda que había en Valencia, dice que en la capital se consumían en las fábricas 872.121 libras de seda y que se enviaban a las demás provincias de España 384.130 libras.

Por un párrafo que puede leerse al hablar de Eslida podemos darnos una idea aproximada de la importancia y del trabajo que significaba la producción de esta gran cantidad de capullos de seda. «En Eslida — dice — cultívanse gran número de moreras, que dan 5.000 arrobas de hoja, la suficiente para alimentar los gusanos que provienen de 100 onzas de simiente, pues cada una de éstas consume 50 arrobas. Prospera esta cosecha en Eslida, resultando diez o doce libras de seda de cada onza de simiente, cuando en las riberas del Júcar y otros sitios hondos sólo cinco libras resultan de cada onza.» Medítense un poco estas líneas y se verá la considerable cantidad de hojas que consumirían los gusanos necesarios para producir 1.500.000 libras de capullos de seda que se recogían en todo el reino (1) y la considerable cantidad de jornales que daría este cultivo que tanta riqueza producía.

(1) La cosecha en la región murciana en 1951 ha sido de seiscientos mil kilogramos.

Con este capullo como materia prima trabajaban bastantes fábricas, sobre todo en Valencia, que producían diversos tejidos de seda. No es nuestro objeto entrar en detalles de lo con esto relacionado, aunque comprendo que en ello hay base para amplios comentarios; por eso, dejando también en esto la palabra a Cavanilles, copio unos datos de su obra relacionados con ellos que nos ilustran de la importancia que en su tiempo tuvo esta industria de la seda, principalmente en Valencia: «Las 872.121 libras de seda que se consumían en el reino se distribuían así:

| | |
|---|----------------|
| En 3.247 telares de terciopeleros de Valencia | 649.000 libras |
| En 142 telares esparcidos en el reino | 48.400 » |
| En 278 telares de galones y cintas | 19.321 » |
| En las fábricas de medias | 25.000 » |
| En varias fábricas de cordonería | 110.000 » |
| En bordar y coser | 20.000 » |

Dice después: «La guerra actual ha disminuído el número de obreros de la capital y, por consiguiente, han decaído las fábricas, reducidas en este año de 1795 a 2.658 telares.» En diez años, por lo tanto, habían dejado de trabajar casi mil telares, lo cual traería como consecuencia una considerable disminución en el consumo de capullos de seda y, por consiguiente, su depreciación, dejando de ser lucrativo su cultivo; esto, juntamente con una epidemia que mataba a los gusanos, unido a que la población que antes estaba diseminada por la huerta iba poco a poco concentrándose en los pueblos donde era más difícil y costoso criar los gusanos, serían, entre otros, motivos que influyeron en la disminución primero y en el abandono después de la cría del gusano de seda, con la consiguiente pérdida de una gran fuente de riqueza nacional.

También en Gandía tenían muchos de sus habitantes ocupación en la industria de la seda: «De éstos, unos tiñen 12.000 libras de seda, que sirven para fabricar pañuelos, cintas y varias telas, hallándose en funciones más de 1.000

telares de cintas y como 24 de otros tejidos, lo que da ocupación a más de 2.000 personas; otros curten y preparan las pieles que deben servir para las hermosas correas bordadas con gusto que ciñen los labradores de aquellos pueblos en vez de la faja tan introducida como vimos en la huerta de Valencia; otros, en fin, tejen lienzos, tuercen seda o hacen de ella varios artefactos, aumentando de mil modos las subsistencias y riqueza.»

En algunos lugares había también pequeñas industrias que beneficiaban el capullo de seda, pero de menos importancia, como sucedía en Catí, donde se fabricaban cintas de seda: «No llegaban a doscientos los vecinos de Catí al principio de siglo y hoy pasan de cuatrocientos. La industria y fábricas mucho más que la agricultura han sido la causa de este aumento, contribuyendo también la naturaleza de las fábricas, que necesitan pocos fondos para prosperar. Con sólo treinta pesos se proporcionan a una familia medios de trabajar y mantenerse sin miseria. Compran los capullos de seda en que se efectuó la metamorfosis del gusano en mariposa, los limpian, lavan y maceran con lejía hasta ponerlos como un algodón, obteniendo una materia que llaman *filadís* y después de hilada la reducen a cintas.» Parece, por este texto, que más que una industria en grande eran trabajos de artesanía lo que se hacía en Catí.

Aunque de no tanta importancia para la economía del labrador levantino como representaba el producto del algarrero y del olivo en terrenos de secano, también proporcionaba recursos económicos no despreciables para muchos pueblos las higueras. El cultivo de este árbol estaba menos extendido y no le daban tampoco la importancia que a los otros; sin duda alguna porque su rendimiento era menor: el fruto de las higueras, aunque es sano y agradable para el consumo, a causa de ser muy blando cuando está maduro, se presta mal para envasarlo y trasladarlo a mer-

cados consumidores lejanos, máxime en aquellas épocas en que las comunicaciones eran malas y los medios de transporte lentos, teniendo, por tanto, que ser vendido casi todo en la región, y aunque en el país se consumían grandes cantidades de higos frescos, excedía la oferta al consumo, con la consiguiente depreciación de su valor; los frutos que no se comían frescos se secaban, pero en seco tenían menos aceptación, pues a causa de los métodos sencillos que usaban para secarlos quedaban con deficiente presentación, lo que, unido a ser el higo seco mercancía barata y de comercio limitado, eran causas de que no tuviesen entonces casi más usos que como alimento de la gente humilde del país y del ganado. Aquellos tiempos estaban aún muy lejos de los actuales, en que el progreso científico nos hubiese dado una solución o más para poder utilizar los higos secos mejor preparados, no sólo como alimento del hombre, sino también para haber utilizado todo el excedente como materia prima industrial para obtener a partir de ellos algunos productos, principalmente alcohol, mediante procedimientos industriales fermentativos del azúcar, que en cantidad respetable tienen estos frutos. Por estas causas pienso que el cultivo de la higuera no se extendió más ni alcanzó la importancia que pudo tener si se tiene en cuenta que por la mayor parte de la región le son favorables las condiciones de clima y de suelo: la higuera es árbol sobrio que no requiere para desarrollarse ni suelos especiales ni tierras de primera calidad, y aunque alcanza mayor tamaño en terrenos frescos y de fondo, aguanta bien los climas cálidos y resiste mejor que el algarrobo los fríos del invierno a condición de que éstos no sean muy fuertes, pues entonces también se hielan; por eso Cavanilles recomienda que se planten higueras en algunos pueblos donde el algarrobo se hiela, y dice, al hablar de La Pobla: «Los algarrobos eran antes el principal fruto por crecer con lozanía y multiplicarse allí fácilmente; pero aunque plantados en tierra bastante templada, se helaron

en el invierno riguroso», y termina diciendo: «Las higueras son un recurso poderoso en estas tierras; de algunos años a esta parte se han introducido en varios pueblos y en otros se han multiplicado; muchas podrían aumentarse en La Pobra.» Este árbol estaba principalmente extendido por la provincia de Castellón y también por la de Alicante, y la cosecha que se hacía de higos secos en algunos pueblos era grande; así, por ejemplo, en Benicarló se recogían 2.000 arrobas; en La Cenia, 4.000; en Villafamés, 14.000; en Cuevas, 8.000; en Cervera, 12.000; en Burriana, 3.000, y en Alicante, Albaterra, Orihuela y otros varios pueblos, cantidades menores, pero siempre importantes. Ignoro en la actualidad la cosecha que de higos secos se recolecta en estas regiones, pero pienso que será menor, porque a las higueras las habrán substituído otros árboles de mayor rendimiento, pero a mi modo de pensar no merece este árbol que se le olvide, antes bien, convendría que se fomentase su cultivo con miras al aprovechamiento industrial de su fruto. Los higos secos pueden ser, debido a la gran cantidad de azúcar que tienen, una buena fuente para la obtención industrial de algunos productos obtenidos por fermentación de los azúcares, principalmente de alcohol y de ácido cítrico, por no citar más que los más importantes. En España casi todo el alcohol que se produce procede de la destilación de vinos o de residuos de la obtención del vino o de melazas procedentes de la fabricación de azúcar de remolacha; la obtención de alcohol a base de maíz o de patatas o de otros productos feculentos es más rara a causa del alto precio que tienen y al no haber excedente de estos productos. A partir de fechas posteriores a la guerra civil española y a causa del alto precio que alcanzó el vino, el alcohol derivado de este producto tomó un precio demasiado alto para poderlo usar como primera materia en algunas industrias, y la falta o escasez de otros productos azucarados o feculentos que hubiesen podido servir para obtener a base de ellos alcohol a precios más baratos nos im-

pidió que pudiéramos resolver el problema del precio del alcohol.

Otro producto del cual importamos casi todo lo que consumimos es el ácido cítrico. Este ácido, que lo contiene en buena proporción el fruto del limonero, puede obtenerse también en gran escala por fermentación de los azúcares con la intervención de un moho del *Aspergillus niger*. Y aunque tenemos una considerable producción de limones de los cuales puede obtenerse este producto, deberíamos implantar la obtención de este ácido cítrico partiendo de materias azucaradas, porque resulta el producto más barato, ya que los limones son fruto caro para partir de ellos como primera materia para la obtención del ácido. En España, a pesar de ser un país eminentemente agrícola, no tenemos un excedente grande ni de productos feculentos ni de productos azucarados, que son, como es sabido, las principales materias para obtener diversos productos por fermentación, bien por levaduras, bacterias o mohos, y como algunos de estos productos así logrados se consumen en gran escala en ciertas industrias, éstas no prosperan ni aumentan por no disponer de materias primas baratas. Es indispensable que busquemos la manera de que en nuestro país se logre en corto plazo un considerable aumento de materiales que reúnan estas condiciones como única manera de que puedan prosperar las industrias que obtienen diversos productos por procedimientos fermentativos y uno de estos materiales podrían ser los higos secos, que podríamos producir en gran cantidad si se intensificase la plantación de higueras, que tan bien se desarrollan y tan abundante fruto dan por toda la región mediterránea y máxime cuando esto puede hacerse sin perjudicar ni disminuir otros cultivos, sino aprovechando cualquier trozo de terreno inculdo donde pueda plantarse un árbol o terrenos donde otros cultivos rinden poco, pues como antes dije, la higuera es árbol poco exigente en cuanto a suelos y no precisa de muchos cuidados ni costosas labores.

Lo que daba más valor y renombre a la agricultura del reino de Valencia en los tiempos en que la recorrió Cavanilles, y aun hoy, era el regadío, a pesar de ocupar éste un espacio reducido de su suelo en comparación con el terreno de secano, porque la fama y el aprecio en que eran y son tenidos los frutos y hortalizas en ellos producidos le dieron una nombradía bien merecida. Sin tener en cuenta pequeñas extensiones de terrenos regados por aguas de fuentes o por la que corría por riachuelos de escaso caudal, así como por la sacada de pozos, existían extensiones grandes que abarcaban los términos de muchos pueblos de terrenos por completo de regadío, como eran las huertas de Orihuela, Gandía y Valencia como más importantes; otros muchos pueblos, como Alcoy, Elche, Burriana, Villarreal, Játiva y otros, tenían también gran parte de sus términos regable, y por Benicarló y otros lugares la abundancia de pozos provistos de norias para la extracción continua de agua — zúas llamadas en el país — daban también a sus campos el aspecto de huertas. El regadío de Orihuela había sido ya implantado en parte por los árabes, que, como buenos agricultores que eran, supieron apreciar el gran valor que para la tierra tenía el agua, máxime en regiones como la cercana al Mediterráneo, en donde las lluvias son poco frecuentes y el clima cálido y los vientos resecan de tal modo la tierra que la hacían impropia para muchos cultivos. El aumento de las zonas regables era un anhelo y una preocupación de los valencianos y no reparaban en hacer obras costosas y en multiplicar los trabajos para aumentarlo. El contraste que ofrecían las vegas y los campos de regadío donde las tierras están en constante producción, donde podían sembrarse cultivos que no admitía el secano, donde el rendimiento era mayor con menos esfuerzo, donde no había que temer la pérdida o disminución de la cosecha por falta de agua, incitaba al labrador a buscar el agua

para sus tierras sin escatimar esfuerzos; en pocos lugares de España la iniciativa particular ha prestado más interés ni ha fomentado tanto la realización de obras para buscar las aguas del subsuelo o recoger las naturales como en esta región, convencidos sus moradores de su utilidad.

La importancia que el agua tiene para la agricultura de todas las regiones, pero principalmente para las de clima cálido, ha sido desde hace siglos tenida en cuenta por el hombre; esas costosas obras que en la región alicantina realizaron los árabes levantando diques, abriendo canales y acequias de riego para distribuir el agua de los ríos por extensas regiones, lo dice de una manera más patente que las palabras y esa transformación que es capaz de hacer el agua de un terreno casi estéril en un verdadero vergel, donde pueden cultivarse gran variedad de árboles y plantas herbáceas, debió de haber servido de estímulo a nuestros gobernantes de otros tiempos pasados para haberlo protegido e impulsado más. Cuando recorremos España y vemos muchos de nuestros campos donde los cultivos se agostan por la sequía, por donde a lo mejor hay bien cerca corrientes de agua que no se aprovechan, pensamos con pena lo que hubiese cambiado la faz de muchas de nuestras regiones si hace tiempo se hubiese puesto en práctica la realización de obras susceptibles de aprovechar para el riego muchas de las aguas de nuestros ríos que se pierden. El relieve del suelo de nuestra patria es causa de que muchos de nuestros ríos tengan corrientes rápidas y que en recorridos no largos desciendan desde alturas relativamente elevadas hasta el nivel del mar, lo que permite poder embalsar en sus cabeceras o nacimientos grandes cantidades de agua que mediante canales hubiesen podido derivarse hacia regiones donde se hubiesen podido aprovechar. Sé que esto no es fácil, que es costoso, pero es factible; el que una obra sea costosa cuando es esencial o necesaria no justifica que no se haga, máxime cuando la riqueza que originan estas obras compensa con creces el dinero que en

ellas se invierte. España es un país fértil a condición de que se le trabaje y su agricultura susceptible, protegiéndola, de producir mucho más de lo que hoy produce. Un Estado bien gobernado no debe nunca desentenderse de los problemas que pueden ser vitales para él, y yo creo que todo lo que se haga en España por transformar los cultivos de secano en regadío es de máxima importancia para el país. En este sentido se han levantado voces en todos los tiempos de hombres que veían la realidad de las cosas, pero por desgracia no siempre fueron oídos o escuchados. ¡Cuántos proyectos de convertir zonas de secano en regadío se han hecho en España, pero cuán pocos se han realizado! Afortunadamente las cosas han cambiado y hoy se ve este problema desde las alturas con un deseo más realista; hoy podemos decir que nuestros gobernantes practican una política agraria eficiente en cuanto a la creación de nuevas zonas de regadío se refiere y son muchas las obras iniciadas que cuando se terminen servirán para que tierras hoy medio incultas o con escasa producción vean el agua que las vivificará y hará fértiles; pero como estos procesos son lentos y costosos tienen que ser continuados y llevados a cabo de común acuerdo entre el Estado y los propietarios de fincas a quienes les afecte la transformación; al Estado compete hacer las obras de carácter general, embalsar las aguas y canalizarlas para llevarlas hasta el punto donde han de ser utilizadas, pero después han de ser los particulares, los dueños de los terrenos, los que tienen que realizar los trabajos que sean precisos para poder utilizar estas aguas en sus fincas; y éste es otro problema que siempre es lento y no fácil de resolver, porque hay que allanar los terrenos y hacer todo un sistema de canales secundarios para llevar desde la acequia principal el agua que ha de distribuirse por las fincas, trabajos que también son costosos y lentos, máxime si las fincas son de propietarios pobres o de grandes terratenientes que no cultivan sus tierras directamente y no les preocupa realizar las obras para que

de ellas disfruten sus renteros, aunque éstos les abonen mayor renta; pero poco a poco con el trabajo continuado de los que ven una fuente de beneficios en el cambio, con una legislación acertada y una protección económica de préstamos a largo plazo a los necesitados para que puedan realizar las obras de transformación se lograría llegar a la meta deseada; cuando hoy vemos las extensas zonas de regadío en plena producción tanto de Levante como de otras provincias españolas tenemos que pensar que no fué ayer cuando se terminaron de hacer las obras necesarias para abastecerlas de agua, sino que éstas se hicieron hace cientos de años y que el constante trabajo y esfuerzo de muchas generaciones de hombres han sido el secreto de esta transformación.

Al aumentar la tierra su producción con el regadío rinde más provecho al que la cultiva, mayor rendimiento para el trabajo invertido, lo que permite al labrador de estos terrenos elevar su nivel de vida, y como cultivando menos tierra que en secano logra medios suficientes para vivir, en el mismo espacio de suelo pueden asentarse más familias; por eso vemos que las regiones de regadío son más ricas y están más pobladas que las de secano. Aunque sólo por esto sería aconsejable, para muchas de nuestras regiones agrícolas, convertirlas en regadío si es posible, para elevar el nivel medio del campesino español y para cortar la corriente emigratoria de la gente de los campos a las ciudades, originada en parte por la diferencia de vida que hay entre el campo y la ciudad y en parte por necesidad, ya que el aumento de la población en muchos pueblos del campo no tiene base de vida en ellos.

Los que hemos nacido y vivido en medio rural agrícola nos damos mejor cuenta de esta realidad, pues actualmente no es que se cultive el campo peor que antes ni que produzca menos que antaño; es que la realidad de la vida y del progreso han creado necesidades tales, que una familia de agricultores de la clase media no puede cubrirlas si no

cultiva más terreno que el que cultivaban hace cincuenta años sus abuelos, y como la extensión de terreno de cada pueblo es limitada, sólo cultivando más tierra cada agricultor puede vivir éste holgadamente, y esto es la causa de que cada vez vaya disminuyendo el vecindario en el medio rural.

El continuo aumento que tiene España de población no podrán absorberlo siempre las ciudades y a la larga irá creándose un problema social difícil de resolver y tendremos que volver a ver miles de españoles sin trabajo, o tendremos que lamentar un éxodo emigratorio de aquellos que al ver que en su patria no encuentran medio lícito de ganarse el pan tienen que ir a buscarlo a naciones lejanas, a las que ayudarán a progresar con su trabajo, y esto podría evitarse convirtiendo extensas zonas de terrenos actualmente de secano en regadío.

La tierra regable no sólo produce más que la de secano en igual extensión, sino que, además, se presta a poder cultivar en ella plantas que no se dan en secano, permitiendo esto una rotación de cultivos o el cultivar intensamente aquella planta que más rinda o que nos sea más necesaria. Las circunstancias actuales en que se encuentra el mundo, con una economía trastornada o modificada por la última guerra mundial, nos han hecho ver que un país necesita producir en su suelo aquellos productos que son básicos para la alimentación de sus habitantes y aquellas materias primas más necesarias para sostener las industrias más importantes. Ya dije antes que creo acertado que nuestro progreso industrial esté basado en la transformación de materias primas de producción nacional para no estar sometidos a fluctuaciones derivadas del comercio con el exterior, pues muchas materias primas susceptibles de ser transformadas en instalaciones industriales fabriles pueden ser producidas por el cultivo de la tierra. España producía antaño, por ejemplo, lino y cáñamo en abundancia; se dejaron perder estos cultivos por la baja que sufrieron

las fibras obtenidas de ellos al no poder competir en precio con las que se importaban; hoy tocamos las consecuencias y de nuevo se fomenta su cultivo. Ninguna producción que sea necesaria se debe abandonar a su suerte porque resulte algo cara; pagar algo más un producto nacional que el mismo producto importado es con frecuencia conveniente, pues el estar a merced del exterior tiene sus fallos y son fatales las consecuencias para la economía de las naciones cuando por causas imprevistas deja de recibirse lo que para ciertas industrias en marcha es indispensable.

Hay que tender a que las principales fuentes de la riqueza nacional estén entre sí relacionadas; entre la agricultura, la industria, el comercio y la ganadería deben de existir lazos de unión íntimos, relaciones económicas fuertes que hagan que sus intereses se complementen, que sean como órganos diferentes de un mismo cuerpo y no que vivan y se desenvuelvan aisladamente.

El suelo, tanto si es de secano como si es de regadío, disminuye en su fertilidad cuando se le cultiva continuamente, porque los vegetales toman de él determinadas substancias indispensables para su crecimiento, lo que trae como consecuencia una disminución de su productividad si no se le devuelve de alguna forma las substancias que las plantas le sustraen.

Desde tiempos antiguos los labradores apreciaban este hecho de una manera empírica, y por eso eran practicadas determinadas operaciones agrícolas, de las cuales el barbecho, el dejar baldíos algún tiempo los terrenos y el abonado eran las más corrientemente empleadas. No eran desconocidos estos hechos por los agricultores levantinos, y a lo largo de la obra de Cavanilles se hace muchas veces mención de las prácticas que realizaban los labradores para resolver el problema del abonado de sus tierras.

Aunque el abono es casi indispensable en todos los

cultivos, se precisa más en los de regadío, y por eso vemos que en las regiones donde predominaba éste era donde mayor preocupación sentían por resolverlo, pues estas fincas a causa del intenso cultivo a que eran sometidas se resentían más en su fertilidad si no recibían el abono necesario que compensase la pérdida de substancias que las plantas tomaban de ellas. Por otro lado, como en estas regiones la producción de abono orgánico se hacía en menor cantidad porque el censo de ganado era menor, las preocupaciones de los huertanos para sustituirlo aumentaban.

El abono más corrientemente usado desde antiguo ha sido el estiércol, que lo sacaban de los establos donde descansa el ganado de trabajo o de los corrales donde encierran el ganado de recría o los rebaños, pero no siempre cada labrador produce de esta manera el abono que necesita y entonces procura sustituirlo de alguna manera, utilizando por lo general substancias o productos orgánicos que llenaban el mismo fin.

En los pueblos de las regiones montañosas, cuyo suelo es pobre y donde los términos por lo general son extensos, la falta de abonos la suplían dejando en descanso las fincas durante uno o más años, en cuyo tiempo, bien practicando alguna labor de arado o dejándolas en baldío, recobraba la tierra parte de la fertilidad perdida en los años que fué cultivada; esta costumbre se ha practicado y se practica aún corrientemente por muchas regiones de suelo poco fértil. Cavanilles al tratar de la región de Morella y de otros pueblos de esta región, en donde el terreno es pobre y los pueblos eran de escaso vecindario, dice: «La escasez de estiércol, lo destemplado de la atmósfera y la falta de brazos eran la causa de que estos campos y los del término de Morella descansan un año entero después de haber dado la cosecha.»

Otras veces dejaban el terreno perdido más tiempo, durante el cual se desarrollaban en él hierbas y aun matas en más o menos abundancia, que después las quemaban recu-

biertas incompletamente con tierra y esparciendo al fin por el terreno las cenizas y la tierra quemada; tal procedimiento, que aún es usado en muchas regiones, da buen resultado en fincas arcillosas y turbosas, pues desterrona la tierra y destruye parte de la materia vegetal, que cuando es excesiva hace a la tierra poco apta para ciertos cultivos. «Poca utilidad presenta este suelo para la agricultura, pero la aplicación de los de Cabanes — dice Cavanilles — saca partido algunos años. Cuando las matas tomaron alguna fuerza y enriquecieron el suelo con sus despojos anuos, hacen un roce general y de la maleza hacen haces, los cuales esparcidos a ciertas distancias y encubiertos de tierra reducen a cenizas; aran luego el campo y a su tiempo lo siembran de trigo; el siguiente año hacen centeno y al tercero altramuces. Ya desubstanciada la tierra, la abandonan por diez o doce años y después vuelven a las operaciones expresadas; a esta operación la llaman *gavellar*.»

El aprovechamiento de la tierra que se forma en caminos y carreteras, así como la extraída al limpiar los cauces de arroyos y acequias o el fondo de charcas o lagunas que de cuando en cuando se secan, es y era un procedimiento de abonado de fincas, utilizado además para enmendar y mejorar algunos terrenos. Relacionado con esta práctica, escribe Cavanilles lo siguiente al tratar de Valencia: «La capital fomenta la industria y el genio laborioso de los labradores por el enorme consumo que hace de frutos y por la prodigiosa cantidad de estiércol que proporciona para el campo. El piso de las calles, compuesto de arena y chinas calizas que sacan del río, se reduce en poco tiempo a polvo por el continuo movimiento de los carruajes y la gente, formando una materia tan útil para el campo que los labradores la prefieren a otros abonos; y para recogerla entran con caballerías, se esparcen por las calles y barren cuanto se les permite, sacando cada día centenares de cargas. De aquí resulta un gran beneficio a la agricultura y suma limpieza a la ciudad sin daño alguno al piso de las calles, porque la

Policía obliga a los labradores a entrar una carga de las arenas y chinias para poder sacar otra de estiércol y polvo. De este modo reparan las pérdidas continuas sin disminuir jamás el útil depósito que fertiliza el campo.»

Y en los pueblos de la huerta más alejados de la capital adonde no podían ir por la distancia a por esta tierra fértil, usaban la misma práctica barriendo y cogiendo el polvo de los caminos, práctica que llevada a extremos abusivos, estropeaba los caminos y perjudicaba las comunicaciones; por eso dice Cavanilles al hablar de la huerta de Valencia: «La mucha huerta de todos estos pueblos fuerza a los labradores a buscar estiércol y abonos para reparar las continuas pérdidas de los campos. Otro de los recursos es barrer los caminos robándoles el polvo y cuanta tierra cede a sus esfuerzos. Resultando aquí desigualdades en el suelo y el hallarse éste las más de las veces dos varas más bajo que el nivel de los campos. Se suelen hacer intransitables en invierno después de las lluvias y se camina con riesgo.» El estiércol lo compraban los huertanos en pueblos de secano donde lo producían en más cantidad, pagando a veces hasta cinco reales por carga de diez arrobas.

En la región de regadío próxima a la capital se aprovechaban también para abonar las tierras de la huerta las aguas residuales y los detritus orgánicos depositados en las cloacas. En regiones próximas al mar utilizaban las plantas marinas y las algas que se depositaban en las costas después de las mareas. Así leemos este párrafo al tratar de Altea: «A la escasez de carbón y leña debe añadirse la de estiércol. Para suplir esta falta acuden los vecinos al mar, de cuya orilla traen algas, que depositan en corrales y cuadras por algún tiempo, durante el cual las mezclan con estiércol de animales y otras inmundicias, preparándolas así a la corrupción. Usada el alga de este modo, ocasiona doble gasto antes de emplearla, trayéndola del mar a los corrales y llevándola desde allí a los campos que la necesitan. En Denia vimos que desde el mar se lleva inmediatamente a

los campos que la necesitan, bien que no siempre en éstos se suceden las cosechas sin interrupción.»

Para el aprovechamiento de las algas en el abonado de las tierras, el que éstas sean de regadío, donde la tierra no descansa, o de secano, donde por lo general se la deja al tercer año de barbecho, el que las algas estén más o menos fermentadas y descompuestas tiene interés, pues en el primer caso el llevar las algas del mar a la finca sin que éstas hayan sufrido antes previa fermentación, no es aconsejable. Por eso era acertado lo que hacían los labradores de Altea de llevarlas previamente y por determinado tiempo a cuadras o corrales en vez de llevarlas directamente a las fincas; el abonado de las tierras de cultivo a base de algas se realiza aún hoy en bastante escala en el litoral cantábrico y en Galicia, aunque en estas regiones con frecuencia amontonan las algas en las fincas o en las playas y las dejan por algún tiempo al sol para que se sequen y después las calcinan y extienden por la finca las cenizas de las algas incineradas; estas cenizas a causa de la riqueza en sales potásicas que contienen constituyen un excelente abono para todas las tierras, principalmente para las de huertas y prados. El estiércol que sacaban de las camas donde criaban los gusanos de seda, el cieno y el légamo de charcas y canales de riego eran también fuentes de fertilizantes para el abonado de las tierras de cultivo; en una palabra, el labrador valenciano hacía uso de cuantos procedimientos parecíanle útiles para devolver a las tierras la fertilidad que por el cultivo iban perdiendo. Hoy el empleo en gran escala de los abonos químicos no sólo ha desterrado de la práctica en gran parte algunas de estas modalidades del abono de las fincas que tanto han preocupado a los agricultores en todos los tiempos, sino que, además, ha permitido intensificar el cultivo de muchas tierras al poner al alcance del agricultor la manera fácil de devolver a la tierra la fertilidad disminuída por el continuo cultivo; sin embargo, el estiércol como abono es recomendable y para muchos agricultores sigue

siendo superior a los abonos químicos. No obstante, nadie puede negar cuánto debe el progreso de la agricultura a estas substancias fertilizantes de procedencia industrial.

La ganadería como fuente de ingresos importantes en el reino de Valencia no tenía mucha importancia. Sin embargo, para muchos pueblos enclavados en regiones montañosas completaba con los recursos de ella obtenidos la economía de sus habitantes, que vivían mal con los ingresos escasos que les rendía una agricultura pobre y atrasada. No escasean las regiones montañosas en los confines de Valencia con Aragón y Castilla, pero en estas zonas los montes no son ricos en pastos a causa del clima seco de la región y éstos eran escasos para mantener gran número de cabezas de ganado; abundaban las caballerías de carga en los pueblos donde había muchos vecinos que se dedicaban a la arriería y estos ganados en la parte del año en que este comercio no se ejercitaba pastaban también por los campos incultos. La ganadería y la agricultura aunque se complementan son rivales en aquellos pueblos donde los términos son reducidos o donde los pastos escasean y surgen conflictos entre ganaderos y agricultores por el daño que los ganados causan en las fincas de cultivo al faltar los pastos en las regiones baldías o montañosas. Los ganaderos, en su deseo de aprovechar para sus ganados todos los pastos posibles, no sólo no se preocupan de levantar baldíos para transformarlos en tierras de cultivo, sino que, además, nada hacían tampoco por evitar el daño que los ganados ocasionaban en tierras cultivadas por otros. Cavanilles refleja en su obra, al tratar de la economía de algunos pueblos de la montaña, la rivalidad que en ellos existía entre ganaderos y labradores, de la que a veces nacían conflictos y rencillas vecinales. Así, al tratar de Ares, dice: «Como queda tanta porción inculta se crían muchos ganados que dan hasta tres mil crías. Es laudable esta industria y aun necesaria hasta cierto punto;

pero como es propiedad de los más ricos, que aumentan sus caudales sin mudar la infeliz suerte de tantos vecinos, con- vendría mirar de cerca sus maniobras y poner coto a su codicia. Quieren no pocas veces los labradores romper los eriales para aumentar la masa de sus frutos y se oponen los ganaderos pretextando que son tierras inútiles para la agricultura o haciendo ver que es práctica antigua conservar- la sin cultivo. Bien saben que la falta de brazos y el corto número de vecinos que había al principio de siglo fueron la causa verdadera de abandonar la agricultura y que hoy día son diferentes las circunstancias por el aumento que se nota de nuestra especie; con todo eso se valen de semejantes razones y ocultan la verdadera causa, que es su interés; el cual logran fácilmente, porque aumentado el número de pastores sin tantos gastos como exige la labran- za tienen más lana, crías, hacienda y despotismo. Son ellos, por lo general, los que mandan los pueblos, haciendo pasar la vara de alcalde sucesivamente por sus afectos o depen- dientes; tienen mil modos de presentar pruebas de los que les acomoda y logran sentencias favorables en los pleitos. El Estado necesita de ganados, pero la fuerza y las riquezas que le proporciona la agricultura exceden sin comparación a las que puede suministrar la pastoreía. Así vemos poca población y mucha pobreza en las provincias de ganados que sirven para enriquecer un corto número de individuos.»

Muchos valencianos obtenían ingresos además de con la agricultura, la ganadería y la industria, con el comercio. Éste se hacía en parte por vía marítima y hacia las provin- cias del interior de España a lomo de caballerías, modali- dad llamada arriería. Estas actividades las tenían gentes procedentes de pueblos donde la agricultura era más bien pobre y no podía ocupar todos los brazos de sus habitantes, o bien la ejercían también labriegos que, además de culti- var un corto número de fincas determinados meses en que el campo no necesitaba de su esfuerzo, lo dedicaban al comercio.

Todos los que ya tenemos años de vida y nos acercamos a la vejez recordamos haber visto en nuestra niñez o en nuestra juventud llegar a nuestros pueblos año tras año por la misma época, con la misma normalidad con que llegaban las cigüeñas en primavera, o las golondrinas a principio de verano, a hombres de estos, vestidos de forma no acostumbrada en nuestro país, con dos o tres caballerías cargadas de mercancías, algunas de las cuales las esperábamos con ilusión de chicos; nos traían frutos que no se daban en nuestros pueblos — higos, almendras, pasas — o golosinas, como miel o arrope, o productos indispensables para hacer las matanzas en nuestras casas en invierno — pimentón, pimienta, tripas secas, etc. — y los recibíamos como a viejos amigos que hacía tiempo que no habíamos visto. Porque, por lo general, cada año era la misma persona, o las mismas, las que nos traían los mismos productos. Había establecida por la costumbre y por la necesidad una relación amistosa entre estos hombres, curtidos los rostros por los vientos y los fríos y las sencillas gentes de los pueblos, las cuales al llegar la época de su arribada si se retrasaban algunos días comentaban en corrillos su retraso. Eran hombres fuertes, duros, austeros, afables, alegres, que a la vez que obtenían ganancias con la venta de las mercancías que vendían, cubrían necesidades nacidas de la vida sedentaria que se hacía en los pueblos, en muchos de los cuales no había ni un solo comercio establecido y de cuyo trato nacían relaciones amistosas, que eran la causa de que se les esperase al llegar la época de su venida con cierto interés.

La arriería estaba muy extendida por diversas provincias de España y gracias a ella salía de los pueblos agrícolas e industriales el excedente de lo producido por la tierra o de lo fabricado en diversas industrias arraigadas en cada región: ellos sacaban ganancias con su trabajo, pero los beneficios alcanzaban también a los demás, a los que producían y a los que consumían: muchas veces estas ganancias no llegaban a sus pueblos en dinero, sino que las in-

vertían en la compra de otros productos abundantes en la región donde habían hecho su comercio, que luego a su vez lo vendían en la suya: o lo invertían en la compra de ganado aumentando así sus recuas, para poder incrementar en el próximo año su negocio. La profesión por lo general no tenía pérdidas, pues por la costumbre ya sabían qué artículos tenían fácil venta y hasta la cantidad que podían vender, pues la clientela fija compraba cada año poco más o menos la misma cantidad. La profesión era lucrativa, pero dura y no exenta de riesgos: era dura, porque tenían que recorrer distancias largas por caminos malos, entre el punto de origen y el de destino, haciendo el viaje la mayor parte del tiempo a pie, más que a lomo de sus caballerías, harto cargadas por el peso de la mercancía, viajando en tiempo a veces frío — fin de otoño o principio de invierno — expuestos a sufrir todas las inclemencias del tiempo, con una alimentación escasa, durmiendo vestidos y envueltos en una manta en el suelo de los portales de las ventas o paradores sobre una saca de paja; y no estaba exenta de riesgos, porque en el recorrido de estas distancias tenían que atravesar regiones montañosas, que se prestaban para ser asaltados y robados por maleantes que a veces por ellas pululaban. Para defenderse de estos posibles riesgos, se reunían en grupos y hacían la mayor parte del recorrido en cuadrilla, y una vez que llegaban a la región donde iban, se disgregaban cada uno por el pueblo o pueblos donde tenían su clientela.

El progreso continuo de la nación, mejorando las comunicaciones entre las diversas regiones, abría nuevas modalidades al comercio sustituyendo el que se hacía a lomo de caballerías, por el transporte de las mercancías en carros o galeras, ocasionando la decadencia de la arriería: a su vez en la actualidad el vehículo motorizado ha desterrado el transporte por fuerza animal, beneficiando extraordinariamente a los pueblos.

Las ganancias que los arrieros obtenían revertían en fa-

vor de los pueblos donde éstos tenían su residencia y merced a ellas podían muchas familias vivir con cierta holgura. Cavanilles, en su obra, pone esto de relieve al hablar de muchos pueblos valencianos; así por ejemplo dice: «Tienen los Borriol muchas recuas de machos que trajinan por toda España logrando por este medio riquezas considerables, las que aumentan cultivando sus campos». En otro lugar se lee: «En Novelda todos son labradores excepto un corto número ocupados en trajinar mercaderías y frutos desde Alicante hasta las provincias de España más apartadas, y otros, esparcidos por ellas, venden las «grandas» fabricadas en la villa».

Y no sólo recorrían España entera llevando a vender los productos que el fértil suelo de la región valenciana o la industria de sus habitantes producían, sino que incluso fuera de España se les encontraba, como puede verse por este párrafo que escribió Cavanilles: «A pesar de la simplicidad suma con que visten los vecinos de Crevillente y de no haber rastro de lujo en sus habitaciones, 500 de las cuales son espaciosas cuevas, excavadas en los ribazos de aquellos barrancos, no podrían subsistir sin los recursos poderosos de fábricas y arriería. Ésta sola les produce al año más de 40.000 pesos, siendo ellos mismos los que exportan sus artefactos y los esparcen por toda la península y aun por los reinos extraños. Los vi en París con admiración, adonde fueron sin seguridad de ganancias, sin entender la lengua. Allí vendían estera fina con el nombre de «tapis d'Espagne» y habiéndoles salido bien el primer ensayo volvieron después todos los años hasta la declaración de la guerra.»

Además de esta forma de comercio hacia el interior de España se exportaban por vía marítima también una cantidad importante de los productos de la tierra o de lo fabricado en algunas industrias que aunque no muy desarrolladas existían ya entonces en el reino de Valencia. El puerto de Alicante era sin duda la más importante vía de comercio exterior marítimo o de cabotaje de toda la región levantina.

y por él salía al extranjero o a otros puntos de España el excedente de sus productos naturales o manufacturados; a él llegaban también embarcaciones extranjeras que a su vez traían otras mercancías y productos que entraban en España por este puerto; pero tratar del tráfico que por el puerto de Alicante se hacía está fuera del alcance de nuestro propósito. En la obra de Cavanilles hay datos que nos demuestran la importancia comercial que tenía este puerto; y teniendo en cuenta que era casi exclusivamente por él por donde tenía que darse salida a mucha de la gran producción de frutos que se recogían en la amplia y rica zona que le rodea, que ascendía a cifras considerables, nada de extraño tiene que estuviese en constante actividad.

Después de éste le seguía en importancia Vinaroz en la provincia de Castellón; pero este puerto tenía condiciones naturales peores que el de Alicante y además no era centro de región tan rica ni tan productiva y por eso su tráfico era menor; sin embargo, daba vida a buen número de sus habitantes que se dedicaban a la pesca o a la navegación. Cavanilles dice de él: «A no ser por la marina o se hubiese despoblado la villa o se hubiese disminuído notablemente». Vinaroz era el único punto marítimo por donde entonces podían exportarse los productos agrícolas que se recogían en toda la región y hasta en pueblos aragoneses. Cavanilles nos dice de Vinaroz: «Hay también otros géneros de pesca muy útiles — además del Bou — que producen continuos beneficios, pero el más lucrativo es el transporte de frutos; sólo los vinos que en noviembre, diciembre y enero transportaban al norte les producían de fletes más de 240.000 reales sin contar los retornos. El acarreo de la sal que desde la Mata se trae para más de ochenta pueblos que deben surtirse del depósito de Vinaroz y las varias comisiones que tienen los dueños de los barcos aumentan el numerario y facilitan medios de subsistir.»

La huerta de Valencia no podía tener un comercio activo marítimo por falta de un puerto seguro y amplio don-

de atracasen las embarcaciones. «Faltaba un puerto — dice Cavanilles — para que fuese Valencia el centro del comercio, como lo es de las riquezas del reino: la playa de ningún fondo y lo bravo del golfo presentaban obstáculos al parecer insuperables; pero se vencen todos y es de esperar que en breve se llevará a perfección la soberbia obra empezada en 1792; obra por todos respectos utilísima, no solamente a Valencia, sino también a toda la nación.» La villa del Grao en las cercanías de la desembocadura del Turia era el lugar natural para la construcción de un puerto que sirviese a la vez para dar entrada a los productos que necesitaba recibir Valencia como para dar salida al sobrante de la producción agrícola e industrial, pero en tiempos de Cavanilles el puerto del Grao era sólo un deseo más que una realidad; a pesar de los trabajos y gastos que se habían hecho en aquella playa para ponerla en condiciones de que pudiesen atracar embarcaciones aunque no fuesen de mucho tonelaje, habían resultado estériles los esfuerzos: habían aún de pasarse muchos años e invertirse cuantiosas sumas y elaborarse diversos proyectos, hasta que llegase la hora de que tal deseo fuese una realidad. Cincuenta años más tarde de haber visto la luz la obra de Cavanilles aún Madoz en su Diccionario histórico dice a propósito del puerto de Valencia: «Utilísimo sería, repetimos, no sólo un puerto sino varios en un golfo tan dilatado y peligroso por desgracia como el de Valencia; pero la falta absoluta de éstos es un perjuicio incalculable a la nación y un descrédito para la época. Por tanto, sería de desear que el Gobierno se decidiese a impulsar con voluntad firme la construcción de un puerto en el golfo valenciano; teniendo en consideración las inmensas sumas invertidas en este objeto, la mayor concurrencia del mercado de la capital, su situación geográfica, como confluencia en los caminos de Murcia, Madrid y Mancha por las Cabrillas, Aragón y riberas del Ebro y otras muchas razones así políticas como económicas aconsejan la urgente necesidad de tener un puerto

diáfano y seguro en el Grao de Valencia». Éste en realidad no se terminó hasta tiempos modernos.

Esta falta de una salida por mar tuvo que repercutir naturalmente en la prosperidad de toda la zona valenciana y menos mal que el crecido número de habitantes que tenía la capital consumían casi toda la producción agrícola de la huerta, así como los establecimientos fabriles elaboraban la mayor parte del capullo de seda que en la huerta se recogía; pero los productos manufacturados, así como el excedente de lo que la huerta producía, sólo podría ser enviado al interior o exportado por otros puertos con el recargo consiguiente por el costo de llevarlo hasta el punto de embarque.

Casi ningún otro poblado más de los que están asentados en las costas del reino de Valencia tenía puertos en condiciones de que pudiesen atracar a ellos embarcaciones y esto también le preocupa a Cavanilles cuando dice al tratar de Denia: «Sería de mucha utilidad si se habilitase con obras hidráulicas un puerto por no haberlos en la costa del reino hasta entrar en el Principado de Cataluña, porque Peñíscola, Benicasim y Cullera sólo prestan abrigo a buques muy pequeños».

... Todos los que hemos recorrido España por obligación o por deseos de conocerla sabemos en qué estado de desolación se encuentran la mayoría de nuestros montes: muchos de ellos carecen por completo de vegetación arbórea, en otros cuando hay algún árbol están distanciados o en lugares apartados o escabrosos; pocas de nuestras montañas, excepto las más apartadas y desprovistas de vías de comunicaciones, están bien pobladas de árboles y sin embargo en otras épocas todas estas montañas que actualmente están desarboladas tenían tupidos bosques: en crónicas y libros de la Edad Media quedan pruebas suficientes que confirman esta verdad y muchos terrenos de la meseta que hoy vemos

casi sin un árbol eran antaño montes donde podían vivir jabalíes, ciervos, lobos y otros animales que sólo se les encuentra en los bosques.

En algunos casos la desaparición del bosque sirvió para aprovechar el suelo para otros cultivos, extendiéndose la agricultura a sus expensas, pudiendo así aumentar la población que vivía del cultivo de la tierra, pero en otros casos la desaparición de los montes se ha consumado apenas sin provecho para nadie o con escaso fruto para los que talaron los árboles. El hombre de los pasados siglos, en vez de haber visto en el árbol una fuente de beneficios para él, lo consideró casi como un estorbo y en vez de cuidarle y protegerle lo persiguió con saña sin pensar que con la desaparición de los árboles de los montes se iba poco a poco ocasionando la ruina de las regiones que éstos ocupaban. Al desaparecer el árbol la tierra que recubre el suelo de los montes se queda al descubierto y sin protección del agua de las lluvias y es arrastrada por éstas en épocas invernales, dejando poco a poco sin tierra los espacios ocupados antes por los árboles, quitando así a éstos la posibilidad de volver a rehacerse: por eso hoy en muchas de nuestras montañas que antes tenían árboles vemos aflorando la piedra y sin posibilidad de que en ellas vivan de nuevo las plantas. De este daño enorme que se ha causado a la nación más o menos inconscientemente por los hombres que vivieron en pasados siglos, sufrimos los actuales las consecuencias; por lo general, tanto los beneficios como los perjuicios que puedan derivarse de las actividades de los hombres que viven una o más generaciones no se tocan hasta pasados muchos años y eso nos pasa a nosotros en lo relacionado con la desaparición del patrimonio forestal que tuvo nuestra Nación. El relieve accidentado de nuestro suelo, parte de él impropio para la agricultura, hubiese dado a España una gran riqueza en árboles si el aprovechamiento de los bosques que antiguamente hubo se hubiese hecho con cierta ordenación, pero por causas que analizaremos esto no ocurrió y

la persistencia de los factores contrarios al desenvolvimiento de los árboles nos ha traído al estado francamente desastroso en que están hoy muchos de nuestros montes.

Poner hoy remedio a este estado de cosas es labor larga y costosa, porque volver a poner en muchos terrenos la capa de tierra que tenían para preparar al terreno para que puedan de nuevo vivir los árboles es muy difícil: los árboles necesitan de suelo, de tierra, para fijarse y extender en ella sus raíces, y donde ésta no existe, no tienen posibilidad de vida; por eso la repoblación forestal para muchos de nuestros montes, en los que por la acción del tiempo la tierra que hubo ha desaparecido, es casi imposible y quedarán tales terrenos como quedan los esqueletos de animales muertos, para recordarnos lo que perdimos: el monte es susceptible de dar constante provecho, explotándolo racionalmente, pero a condición de que este aprovechamiento no sobrepase un límite, más allá del cual se le ocasiona perjuicio, y de que se le presten cuidados; y esto, como pasa por lo general con todas las riquezas públicas, necesitaba de una reglamentación, de un ordenamiento, para evitar abusos de los que habían de derivarse perjuicios para todos.

Existía en tiempos de Cavanilles, dependiente del Estado, un organismo titulado «Tribunal de Marina», que tenía la misión de impedir la corta de árboles en montes del Estado y de fomentar la plantación de otros, con el fin de que los astilleros pudiesen disponer de toda la madera necesaria para la construcción de barcos para nuestra marina nacional. No he podido ocuparme de examinar a fondo la actuación en general de este organismo, pero por un párrafo que veo en la obra de Cavanilles en el que critica su manera de actuar, pienso que poca eficacia debió de tener. He aquí lo que escribió Cavanilles a este respecto: «Parece que un pueblo tan industrioso y aplicado como el de Catí debiera beneficiar mayor porción de su dilatado término, del que apenas cultiva la décima parte. Ha intentado en efecto aumentar sus campos, pero halla siempre obstáculos

en las órdenes del Tribunal de Marina. Todos los pueblos hasta aquí descritos y una porción considerable del reino se hallan en el mismo estado: bien que en los del norte se hace más duro por verse reducidos a la única cosecha de granos. Claman los labradores, desean emplear sus brazos para aumentar la masa de los frutos, sin poder jamás lograr alivio, sin conseguir lo que pretenden, al parecer con justicia. Desea el Gobierno que se aumente y prospere nuestra especie, promulga leyes a favor de la agricultura, intenta desterrar el ocio como perjudicial al Estado y a las costumbres, y en estos montes se redoblan los obstáculos a la industria rural, se procura entibiar el laudable ardor de los colonos y se ve una especie de guerra declarada a la porción más útil del Estado, que son los labradores. Con pretexto de criar árboles para la marina real se acotan términos inmensos, muchas veces inútiles para el fin que se intenta. Porque no todo el terreno es apto para los pinos, ni aun aquellos en donde espontáneamente nacen y crecen hasta cierta altura. Danse órdenes generales y se ponen en ejecución sin examen, sin conocimiento de los terrenos, por donde se perjudica gravemente a los pueblos y el Estado ningún útil recibe. Hay llanuras y lomas en que la coscoja queda siempre humilde sin levantarse ningún árbol y se hallan con el sello del Comisario de Marina, de modo que nadie puede cortar la menor rama ni menos romper porción alguna. En otras partes se ven pinos que los hombres ancianos han conocido siempre inútiles por no elevarse jamás a veinte palmos, prueba cierta de hallarse en un suelo ingrato o nada favorable. Lo mismo sucede con las carrascas, siempre enanas y solamente útiles para radios de rueda. Los sitios hondos, los barrancos y faldas de los montes, suelen ser los más a propósito para criar robustos árboles. En Benifaza sobresalen los valles hondos de Castell de Cabres, Boixar y Corachar: las partidas de Vall-Sarguera y aMs d'en Roda. Los montes de Peñagolosa, Villahermosa y Vllafranca, muchos términos de Morella, Vallibona y otros.

Debía preceder un serio examen de terrenos antes de prohibir el cultivo y pastos y entonces se reservarían para árboles de construcción los sitios oportunos y aquella cantidad solamente que se juzgase necesaria para el real servicio, dejando el resto a los pueblos vecinos, cuya industria y sudores voluntarios harían fructificar lo que hoy queda inútil. Ya no se vería forzar a un pueblo para que emplease parte de sus propios en sembrar los montes de bellotas. En Catí se ha visto esto por espacio de diez años sin resultar árbol alguno, no obstante que el Comisario para asegurar el éxito de la siembra prohibió a los vecinos los pastos en aquellas tierras. Ni el derecho de propiedad que tenían los pueblos ni la larga experiencia de ser inútil el suelo para maderas de construcción bastaron para revocar o suavizar la orden. Con igual rigor se va extendiendo la prohibición del cultivo a cuantas tierras arrojan algún pino o se visten de coscoja: no bien esto sucede cuando el infeliz labrador se ve en la alternativa o de pagar multas si corta leña sin permiso o de pagar dietas al celador que envía el Comisario para obtener la leña que necesita. Estas dietas equivalen a un impuesto considerable, pues que a más de mantener al celador debe el pobre labrador contribuirle con doce reales cada día. Hasta en los campos cultivados ejerce su jurisdicción el Comisario, si por desgracia salió un retoño de carrasca o nació algún pino. Manda también que todo cultivador de cortijo ponga cada año en sus campos tres nogales sacándole la multa el celador por cada uno que halle menos al tiempo de su visita: si en los campos se hallan nogales útiles a la marina los marca y corta dando por cada uno cuatro reales aunque rindan al dueño anualmente cien reales de fruto, providencia capaz de reducir en un instante a la miseria a cualquiera que tenga campos de nogales. Entre estas providencias que oprimen al vasallo se ven de cuando en cuando otras que arguyen la indolencia o ignorancia de los subalternos. Tales son las licencias que se conceden con título de entresaca. Prevalidos de ellas los que tuvieron medio de

lograrlas cortan las piezas que más les acomodan y despueblan los pinares. No debo yo prescribir las leyes en un asunto que depende del Ministerio, pero creo que sería culpable mi silencio si no hiciese ver todo lo que tiene todos los caracteres de abuso, introducido y fomentado ciertamente sin licencia cierta de los superiores. A mi modo de ver sería menos gravoso al vasallo y más útil al Estado que las justicias de los pueblos fuesen responsables de las piezas o plantas que acomodasen al servicio del rey y que las mismas pudiesen permitir roces y cortes en los sitios inútiles para la madera de construcción. No se verían tantos robos como se practican en el día. Hay gentes que hacen comercio lucrativo con la madera que hurtan, excesos que solamente pueden impedir las justicias de los pueblos. No se verían tantas quejas y recursos: cesaría la especie de persecución que hay no contra el vicio, sino contra la industria, contra el amor al trabajo, contra aquellos hombres que quieren emplear sus brazos para socorrer las necesidades de sus familias, aumentando la masa general de frutos: se acabarían de una vez las visitas, los celadores, las multas y el ocio involuntario.» He copiado íntegro este largo párrafo de la obra de Cavanilles porque yo no podría hacer ni comentario más claro ni crítica más acertada de una disposición poco meditada, bien porque se dió sin tener juicio claro sobre la materia, o bien porque los encargados de aplicarla ponían un rigor excesivo en hacerla cumplir.

De esta continua disminución de los árboles en toda España en general no podía ser una excepción el reino de Valencia: esta región accidentada y montañosa en casi todo su límite con Aragón y Castilla estaba bien poblada de árboles, principalmente de pinos, pero también ahora en esta región, como en otros lugares, vemos muchas extensiones de terreno que antaño estaban cubiertas de pinares que hoy apenas tienen árboles: ya la fobia contra los árboles y la destrucción sistemática de los montes por una explotación abusiva de los mismos, se venía haciendo en tiempos

de Cavanilles, y éste, viendo el perjuicio que esta riqueza estaba sufriendo, denuncia los vicios y da consejos que hubiesen remediado el daño si se hubiesen tomado en consideración.

Las causas principales que más han influido en la pérdida de los montes han sido la roturación de éstos con el fin de destinarlos a tierras de cultivo, sin tener en cuenta que muchas veces el terreno no era apto para que la agricultura prosperase; las talas abusivas, en vez de entresacar los árboles; las quemas intencionadas de los montes, para que brotasen pastos; el carboneo en gran escala; las guerras, etc.

En la página 138 del tomo 2.º, en las faldas de la montaña de Valldigna, dice: «Años pasados eran hermosos aquellos pinares y estaban sumamente espesos, pero los quemaron y destruyeron de modo que los existentes hoy día tienen pocos años. Esta mala maña que los pastores practican para tener pastos abundantes es de gran perjuicio. Se quejan los vecinos al ver que disminuye cada día la madera y leña; pero no ponen guardas ni repueblan montes con plantíos, antes al contrario, todos a porfía cortan, talan y destruyen sus términos».

Muchos pueblos enclavados en regiones montañosas cuyo suelo estaba bien poblado de árboles y con escasa agricultura, tenían necesidad de sostener una ganadería cuanto más abundante mejor, para completar con los beneficios que de ella obtenían los ingresos que no les reportaba su escasa agricultura; pero como por lo general los bosques tienen poco pasto, pensaron que para aumentar éste nada sería mejor que destruir el bosque; pero como ya antes hemos dicho, al faltar el árbol la tierra queda sin protección y la mayor parte desaparece en corto plazo quedando a la corta o a la larga el terreno sin árboles y sin pastos: en los casos más favorables al faltar los árboles se desarrolla con cierta rapidez una vegetación leñosa arbustiva — bojés, jaras, brezos, aliagas — que recubre todo el espacio antes

ocupado por los árboles sin dejar a éstos la menor posibilidad de volver a salir en muchos años: estos terrenos poblados por estos arbustos daban tan pocos o menos pastos que el bosque y ellos en sí tenían para el hombre menos utilidad.

También las ciudades y poblados de importancia consumían gran cantidad de leña para cubrir las necesidades domésticas y para los hornos; aún no se había extendido el consumo de carbón mineral en la economía doméstica y la industria y los hogares de las casas no consumían por lo general más que leña; para abastecer estas necesidades había muchas gentes que se dedicaban a llevar leña desde los montes a las ciudades; naturalmente, el aprovisionamiento lo hacían los leñadores cogiéndola de los montes más próximos a los poblados, desde donde les era más fácil acarrearla, pudiendo hacer al día si no tenían que recorrer mucha distancia desde el monte a la ciudad más de un viaje; había muchas familias que vivían de esta ocupación y para el leñador el árbol no tenía más valor que el de una mercancía, la cual no le costaba más trabajo que cogerla: por esta razón los montes eran excesivamente castigados por la abundancia de gentes que se dedicaban al acarreo de leña, oficio a veces más lucrativo y hasta más descansado que trabajar en la tierra por un jornal, en una jornada fatigosa por lo larga, pues por lo general duraba de sol a sol, ya que entonces no había leyes que regulasen la jornada de trabajo en el campo; en estas condiciones el monte, aunque tuviese vitalidad, iba disminuyendo de día en día, porque no le daba tiempo para rehacerse y a la larga quedaba completamente limpio de árboles; por eso los montes más próximos a las poblaciones fueron los más castigados; de nada valía la vigilancia que a veces se establecía para evitar abusos, pues ésta era burlada por los leñadores, que no respetaban ni la propiedad particular; no existía en realidad ninguna ordenanza eficiente para la protección de los montes que regulase su explotación y cuando existía no se cum-

plía; la disminución paulatina de árboles en los montes cercanos obligaba a los leñadores a desplazarse a montes más lejanos y en éstos los primeros árboles que el hacha abatía eran los más grandes y los mejores, los que podían dar más leña; ningún monte se escapó de sufrir esta persecución exceptuando los muy distantes o los enclavados en terrenos abruptos de donde era difícil acarrear la leña; en estos casos en vez de sacar la leña la transformaban en carbón y los efectos para la perpetuidad de los montes eran los mismos; así nuestra antigua riqueza forestal fué disminuyendo hasta el agotamiento en muchas regiones españolas.

La situación política por que atravesó España en el siglo XIX, primero con la guerra de la Independencia y después con las guerras civiles, desvió la atención de nuestros gobernantes hacia problemas graves ocasionados por estas guerras, sin preocuparse de dar impulso a la agricultura, proteger la riqueza forestal y aumentar la ganadería como principales fuentes de nuestra economía y llegamos a primeros de este siglo con estas fuentes de riqueza completamente decadentes. Alguna vez tenía que llegar la hora de poner fin a este estado de cosas como única solución de asegurar en el futuro un resurgimiento de nuestra riqueza patria y en realidad las cosas hoy marchan de otra manera y todos sabemos la importancia que nuestros gobernantes actuales conceden a la repoblación forestal como medio más adecuado para rehacer nuestros bosques, pero esta tarea no es fácil, es larga y costosa, pero las cosas en marcha si no se detienen darán en un plazo más o menos lejano su fruto.

El valor que representa el árbol para el hombre y la importancia que representa para la nación tener una fuerte riqueza forestal no la han visto la mayoría de las gentes hasta que la hemos perdido, pero en todos los tiempos hubo hombres inteligentes y patriotas que dándose cuenta de las cosas y alarmados por el perjuicio que al país causaba esta tala abusiva de árboles dieron la voz de alerta y recabaron

medidas para contenerla. Entre éstos estaba Cavanilles, que en su recorrido por tierras levantinas vió personalmente el daño irremediable que en los montes causaba una corta continuada de los árboles; y al levantar su voz contra este estado de cosas no se limita sólo a señalar el mal y a pedir alguna providencia al Estado que lo sane, sino que va más allá, hasta el extremo de exponer en su obra un plan de repoblación que hoy mismo tiene actualidad y podría aplicarse con seguridad de éxito y aunque es un poco largo lo escrito por nuestro sabio naturalista lo copio íntegro, para que todos se den cuenta de lo realista que era la visión que tenía en este problema.

«He notado en mis viajes sumo descuido en la conservación de los árboles y montes: que el abandono en estos ramos ha llegado al colmo y que pide un remedio pronto y eficaz. Quieren algunos atribuir la escasez de leña al increíble aumento de población que se observa en el reino de un siglo a esta parte, y dicen con verdad que los vecinos para sustentarse han reducido a cultivo porciones inmensas antes eriales y que han talado en otras los vegetales para alimentar los hornos dejando pelados los montes y las lomas que en otro tiempo negreaban por la multitud de árboles y arbustos. No hay duda que se cultiva hoy en el reino doblada tierra que al principio de siglo, pero tampoco la hay en que la mayor parte de estas nuevas adquisiciones están plantadas de algarrobos, olivos, almendros, viñas y moreras. Las podas que anualmente se hacen en morerales y viñedos abastecen de leña los vecinos que los cultivan, como vemos en las riberas del Júcar y huerta de Valencia. Las de olivos y algarrobos darían más leña y gruesos ramos para carbón si los labradores conociesen su interés propio y si cortasen cada año los ramos inútiles; la cosecha sería entonces mayor y más segura y cesaría la necesidad de buscar alimento para el fuego en los sitios incultos. Solamente se ha disminuído la cantidad de leña en los campos que hoy sirven para granos. Pero aunque es

muy grande la extensión que éstos ocupan quedan todavía en el reino más de doscientas leguas cuadradas que son los montes incapaces de cultivo, los cuales al principio de siglo estaban cubiertos de pinos, carrascas, enebros y varios arbustos cuya espesura se penetraba con bastante dificultad. Al paso que se multiplicaba nuestra especie y la agricultura se rozaban y talaban los cerros y las faldas de los montes sin cuidar jamás de replantarlos. Renacían cada día las necesidades, mas no los árboles ni arbustos, y no hallando al fin bastante leña en los retoños arrancaron hasta las raíces. Otros enemigos formidables hacían con frecuencia estragos en lo interior de los montes y sitios apartados de poblados. Los pastores las más veces para lograr mejores pastos y algunas por malicia quemaban y destruían en una noche los vegetales. He visto prueba de esta maldad en los montes de Enguera, de Peñagolosa, del Pinet, sin que los delinquentes hayan sufrido la pena merecida. Finalmente algunos con apariencia de utilidad pública han disminuído los bosques útiles; piden licencia para reducir a cultivo parte de ellos, luego hacer un roce general de árboles y arbustos convirtiéndolos en cenizas, aran después la tierra, cogen los granos por algunos años y muy pronto la abandonan, resultando de allí la destrucción del monte sin aumento de cultivo.»

En este párrafo de Cavanilles que acabo de leer se exponen las principales causas a que obedecía la progresiva disminución del arbolado en nuestros montes, que son poco más o menos las mismas que perdurando en la actualidad causan iguales perjuicios, como si se tratase de males endémicos cuyo destierro no tiene remedio; pero a continuación en otro párrafo dedicado igualmente a esta cuestión expone las medidas que pueden tomarse para remediar los daños o aminorarlos, medidas que también hoy se ponen en práctica, de donde resulta que si las causas que han perjudicado tanto a nuestros bosques han perdurado, no era porque no se conociesen los remedios que las hubieran hecho desaparecer de haberlas puesto en práctica, sino por-

que no se prestó a este problema en tiempos pasados la debida atención; pero dejemos otra vez la palabra a Cavanilles: «Aunque los árboles y arbustos se crían con más fuerza en un suelo favorable que en otro menos grato, no hay monte ni tierra donde no crezcan los vegetales como no entre el ganado o la mano destructora del hombre. Así vemos espesos bosques al lado de terrenos desnudos, cuando éstos se abandonan y aquéllos se guardan con vigilancia. El Carrascal de Alcoy, en donde nadie puede entrar a cortar leña, está cubierto de carrascas, arces, fresnos y otros árboles, mientras que en los montes contiguos solamente se ven peñas y tomillos. Entre Alpe y Elche apenas crecen jaras hasta el corto recinto de Carrús, donde se ven robustos pinos porque hay aquí guardas que los cuiden. Cuantos nacen en las cercanías de aquel coto perecen a manos de los que buscan leña para las poblaciones. Solamente conservan pinares, carrascales y monte bajo los pueblos de corto vecindario y de dilatados términos. Supuesto, pues, que los montes, cerros y tierras incultas pueden poblarse de árboles, arbustos y matas, el único medio para plantarlos y perpetuarlos será la prohibición de entrar allí ganados y de que los hombres entren a destruirlos. Pero como sería dura y aun perniciosa una prohibición general, porque padecerían los ganados tan necesarios a la agricultura y quedarían infelices muchos pueblos, convendría que el término inculto de cada uno se partiese en seis partes dejando cinco para pastos y leña y destinando a plantíos y bosques la sexta, en la cual por ningún título se había de consentir que entrasen ganados ni cortasen leña por espacio de ocho años, hasta que los árboles y arbustos hubiesen tomado bastante fuerza. Pasado este tiempo podría permitirse cortar el monte bajo, descargar y aclarar los árboles, presidiendo a esto los inteligentes que nombrase el Ayuntamiento; podrían entonces entrar los ganados y quedar ya libre aquella sexta parte del término, cerrando otra por igual número de años para repetir en ella lo que en la antecedente y sucesivamente en las

restantes. De modo que en medio siglo pudiera hallarse plantado todo el reino. Para asegurar esta operación convendría que los Alcaldes y Ayuntamientos exigiesen multas a los transgresores y que aquéllos las pagasen cuando no apareciese el delincuente. Debería guardarse mayor circunspección en dar licencias para romper eriales y reducirlos a cultivo, porque pocos se proponen el bien público por objeto y mucho menos el de las generaciones venideras.»

Estas medidas que aconseja Cavanilles que se tomen con el fin de repoblar los montes muy castigados por el abuso en la corta de los árboles, pudieron ser y son eficientes cuando se trate de sitios en donde el arbolado no ha sido aún destruído por completo, en sitios en donde quedan cepas que pueden arrojar retoños o jóvenes plantas que se desarrollarían pronto protegiéndolas de posibles cortas y en montes donde aún queda suficiente tierra susceptible de dar asiento a nuevos árboles; pero en lugares completamente desforestados, donde ni retoños de los antiguos árboles quedan, donde la tierra ha desaparecido casi completamente quedando al descubierto el subsuelo pedregoso, en estos lugares las medidas aconsejadas por Cavanilles no serían eficientes aun cuando se acotasen los terrenos: en estos sitios es preciso que previamente se forme tierra, cosa que tarda mucho en lograrse.

Pero no pretendo extenderme sobre esta cuestión, ya que mi propósito aquí es únicamente comentar las causas que más han intervenido en la despoblación de nuestros montes, asunto que como vemos ya Cavanilles le dió importancia por la gran pérdida que para la riqueza nacional ha originado.

Estos factores a los que hemos aludido, la tala abusiva y la roturación desordenada de montes con suelos poco fértiles para transformarlos en cultivos agrícolas, fueron las principales causas de la desaparición de muchos bosques, pero además aunque en menor amplitud contribuyeron también el carboneo que se hizo en gran escala en muchos mon-

tes talando todos los árboles y las guerras civiles que en el pasado siglo tuvimos en España.

Y conociendo las causas principales que influyen en la disminución de nuestros montes y se oponen al desenvolvimiento natural de los árboles, de desear es que se tomen las medidas eficientes y se lleven a cabo, para que éstas desaparezcan y que entre la masa campesina se fomente el amor al árbol haciendo comprender a los labriegos por su propio beneficio la importancia que para la economía nacional tiene la repoblación de árboles en nuestros montes.

La feraz huerta de Valencia sufría sin embargo del azote del paludismo: todos los años las fiebres palúdicas causaban buen número de víctimas humanas, siendo impotentes las medidas y procedimientos tomados para combatir las: en aquella época se desconocía la etiología de la enfermedad: estaban todavía lejos aquellos tiempos de los presentes, en que el proceso morboso y las causas que lo originan nos son bien conocidos: aquellas verdaderas nubes de mosquitos que salían de los charcos y acequias en determinadas épocas del año no se las creía peligrosas: se aguantaban sus molestas picaduras y se hacía lo que se podía para evitarlas, pero nadie creía entonces que con ellas podía transmitirse el virus que propagase la mortal enfermedad; se creía que alguna relación tendría que existir entre la enfermedad y el agua que se encharcaba en los campos de regadío, en las acequias y en los marjales, porque sólo en los pueblos de la zona de regadío la enfermedad era endémica, pero se achacaba a prejuicios diversos y a causas desconocidas; sin embargo, era evidente que si se desecaban las zonas encharcadas y pantanosas y se daba salida a las aguas detenidas, la enfermedad disminuía y por eso entre muchas personas que se preocupaban por la salud de los habitantes de aquella zona y de la mejora sanitaria de la región, se prescribía como medida acertada para combatir-

la poner en práctica las necesarias medidas para el saneamiento de las zonas donde la enfermedad causaba más víctimas; pero estas medidas iban a perjudicar en parte al cultivo del arroz, que como se sabe es planta que necesita vivir algún tiempo en terreno encharcado; de aquí que, principalmente en las zonas arroceras, encontrase una oposición franca el saneamiento del terreno, por el perjuicio que esto causaba al cultivo del arroz; un pugilato verdadero se entabló entre los partidarios del cultivo del arroz en cualquier zona de la huerta que fuese regable y los que sólo consentían que se cultivase donde no fuesen posibles otros cultivos, por ser el terreno imposible o poco práctico sanarlo. Al coro de voces que defendían la reglamentación del cultivo del arroz se unió la de Cavanilles y en diversos capítulos de su obra puede verse una acertada defensa de su actitud. Él no es desde luego contrario al cultivo, pero es francamente opuesto a que se cultive el arroz fuera de aquellas zonas que no eran aptas para otros cultivos; no comprende ni admite que en terrenos de huerta donde sólo hay agua cuando se la necesita para regar lo sembrado, se la transforme en cultivo de arroz encharcándola a voluntad, con el consiguiente perjuicio que esto traía para la salud de sus habitantes, máxime cuando con cifras demuestra que un terreno en huerta puede producir tanto sembrado de otros cultivos como de arroz, sin el riesgo que para la salud acompaña el cultivo de este último.

Así en la página 172 del tomo I dice: «En los sitios naturalmente pantanosos que forman una extensión considerable inútil para todo fruto, cenagosa y poblada de vegetales e insectos, se deben permitir por ahora los arrozales, porque cuando no basta el arte para secar las lagunas es laudable la industria y cualquier obra que contribuya a disminuir la masa de infección»; y al final más adelante añade: «Pero por el contrario los que convierten en lagunas el sitio firme y fértil, los que introducen enfermedades desconocidas y mortales, los que preocupan la integridad de los

ministros ocultándoles las verdaderas causas del mal, los que exponen necesidades que no existen y ganancias aparentes, disminuyendo siempre el daño que nuestra especie padece, merecen la indignación pública como enemigos de la sociedad y de la salud y de este número son los que promueven el cultivo del arroz y lo introducen en aquellos campos que fueron de secano o huertas en otro tiempo.» «Sean de menos valor — añade — otras cosechas, queden también campos sin cultivo; más importante es la salud y la vida de los hombres que la utilidad que puede resultar del arroz. El único termómetro para graduar las licencias o las proscripciones ha de ser siempre el bien o el mal de la especie humana.»

El cultivo del arroz en la huerta valenciana se cree que lo introdujeron los árabes y después de la conquista del reino lo siguieron cultivando los españoles aumentando este cultivo a medida que iba aumentando la zona de riego y de población a pesar de aumentar también con ello las fiebres; por esto en diversas épocas se intentó prohibir o reglamentar su cultivo; véase lo que dice Cavanilles: «El rey don Pedro, en las Cortes de 1342, confirmó las prohibiciones que en varios tiempos habían hecho los jurados de Valencia y últimamente, en 1403, el rey don Martín lo prohibió en todo el reino. Desde entonces hasta nuestros días han alternado las licencias y las prohibiciones sin faltar jamás poderosos abogados de este cultivo. De cuando en cuando se presentaban otros para defender los derechos de la especie humana para conservar la salud de sus individuos: hacíanse buenos reglamentos, se ponían cotos en los campos, en fin se publicaban sabias leyes, pero el poder y la intriga hallaron siempre medios de eludirlas; y sin embargo, de muy tristes y repetidas experiencias, se cultivó el arroz en el siglo desde Castellón de la Plana hasta el Valle de Albaida y actualmente se cultiva en las riberas del Júcar, no solamente en los sitios por naturaleza pantanosos, sino también en los que son tales por arte».

A pesar de ser el cultivo del arroz relativamente duro para sus cultivadores, éstos deseaban su cultivo, protestaban de las prohibiciones y aumentaban de continuo la superficie de suelo destinada para ello, restándola a otros cultivos menos expuestos a contraer enfermedades: probablemente, sería toda consecuencia de un mayor rendimiento para los dueños de las tierras y de obtener los asalariados mayores jornales por este trabajo, sin tener en cuenta los riesgos a que exponían su salud.

No se conocía antes, como ya hemos dicho, la verdadera causa que ocasionaba la enfermedad y achacábase su origen a la descomposición de los diversos animales y plantas que vivían en el agua detenida en las acequias y campos donde se cultivaba el arroz. Véase un interesante párrafo de Cavanilles por el que podemos juzgar cómo se pensaba entonces del origen y causas de las fiebres palúdicas: «La naturaleza del arroz que necesita para fructificar lagunas y calores: el estiércol y las plantas que se corrompen para que el suelo dé abundantes cosechas: la multitud de insectos que se reproducen en estos sitios pantanosos dejan allí sus excrementos y cadáveres; este conjunto de poderosas causas, con el agregado de las partículas salinas que suministra el mar, deben causar un desorden en la economía animal de los vivientes. En invierno apenas se advierten enfermedades por la oblicuidad de los rayos del sol y por descansar entonces la Naturaleza. Hácese más sensible el fuego solar en la primavera y empiezan a levantarse humedades las más veces inocentes y sin olor. Crece el calor a medida que el sol se acerca al solsticio y entonces se aumenta la fermentación, se descompone la multitud de varios cuerpos que existían mezclados en aquel suelo cenagoso y las emanaciones son mefíticas por el azufre, sales y aceite fétido que contienen. Introducidas éstas en la economía animal vician el movimiento y alteran el equilibrio de los flúidos mientras que la excesiva humedad que entonces reina ocasiona cierta torpeza y fatiga en los sólidos, de modo que

se altera el color de los hombres y se manifiestan tercianas que con el tiempo aumentan de fuerza y malicia». No atribuye ningún papel activo a los mosquitos «anopheles», que hoy sabemos son el agente transmisor del paludismo; visto por nosotros hoy el problema y conocida la verdadera causa que origina el mal, nos parece un tanto infantil la explicación del origen del paludismo que da Cavanilles, pero los conocimientos que hoy tenemos sobre Parasitología y Microbiología, que nos permiten conocer la etiología de dicha enfermedad, son más modernos; arrancan de los descubrimientos de Pasteur y los hombres que vivieron en años anteriores desconocieron el importante papel que determinados organismos inferiores tienen en la propagación de ciertas enfermedades y buscaban su origen en otras causas naturales, como la descomposición de materias orgánicas y las nieblas, porque la atmósfera se viciaba con las pútridas emanaciones, exhalaciones de aguas encharcadas y despojos de sabandijas y vegetales.

Sin embargo resulta extraño que aquellas gentes que sufrían impasibles el mal no fuesen partidarias de que se llevasen a cabo las medidas más oportunas para impedir su propagación saneando los terrenos y abandonando el cultivo del arroz, antes al contrario, extendían este cultivo y protestaban de las medidas que se dictaban para reglamentarlo, sufriendo pasivamente sus consecuencias como si estuviera ligada su existencia a ese cultivo. Pensaban erróneamente que su tierra no servía más que para criar arroz y creían que si saneaban sus tierras éstas no producirían nada. «De aquí nace — dice Cavanilles — que los labradores que se figuran inalterable la naturaleza aparente de los campos se conmueven e irritan cuando oyen decir que el cultivo del arroz es pernicioso y que debiera prohibirse. Confiesan estos pobres que viven enfermos y con miseria, pero creen que ésta llegaría al colmo y que luego morirían como se proscribiese el arroz.» Y comprendiendo bien la psicología del la-

brador añade: «La actual generación con dificultad dejará las preocupaciones que mamó con la leche.»

El cuadro que nos pinta Cavanilles del estado sanitario de los pueblos de la comarca arrocerá del valle del Júcar es bien triste. «Allí — dice — vive una porción considerable de hombres: digámoslo mejor, muere allí lentamente nuestra especie. Pocos se hallan que pasen de sesenta años y menos aún que estén recios y de buen color. Si en julio, agosto y septiembre tiene alguno valor para registrar aquellos lugares y habitaciones verá con frecuencia rostros pálidos, descarnados y abatidos: infinitos con calenturas y sin fuerzas. Máquinas en fin que se desmontan y perecen. Si registra los libros parroquiales sabrá que muchos son advenedizos que reemplazaron las pérdidas del vecindario: que pocas familias se reproducen; que el número de muertos asombra; que el de nacidos disminuye; que desaparecieron de aquel suelo varios lugares; que allí reina la miseria, las enfermedades y la muerte». Triste cuadro éste que nos describe Cavanilles de una zona de las más fértiles de la región levantina, pero en parte no toda la culpa era de las sencillas gentes que allí habitaban y cultivaban la región, pues parte de la culpa alcanzaba a los que sin tener en cuenta más que sus intereses protestaban de la prohibición e interponían su influencia para que se derogasen los edictos prohibitivos: contra éstos también clama Cavanilles y les dice las verdades. Así puede leerse este párrafo: «No sé cómo hay hombres que se obstinan en sostener el cultivo del arroz siendo tan pernicioso para la salud pública. Por lo general los más celosos son los que se ponen al abrigo del contagio saliendo a vivir fuera de los pueblos en los meses peligrosos, que son julio, agosto y septiembre. Éstos claman por el cultivo de la planta que no cultivan; éstos exageran las utilidades del Estado al que en realidad anteponen las suyas propias; éstos miran con indiferencia la miseria, las enfermedades y la muerte de sus hermanos.»

«Verdad es — dice Cavanilles — que los jornales son crecidos, pero no corresponden al riesgo en que viven aquellos infelices; cercados de agua, envueltos en una atmósfera de vapores corrompidos, agobiados por el calor del sol y del trabajo, precisados a beber aguas impuras, contraen enfermedades que les quitan la vida o consumen en breve los ahorros hechos a fuerza de economía. Dejan, estos jornaleros dignos de mejor suerte, toda la utilidad a los que regularmente viven lejos del arroz, a los que desamparan los lugares mientras dura el riesgo de enfermar. Éstos perciben todo el fruto cuya especulación e industria sería digna de alabanza si pudiera combinarse con la salud pública o se ocupara solamente en beneficiar los sitios por naturaleza pantanosos. No ha sucedido así por desgracia del reino y de la especie humana. Vemos hoy día destinadas al cultivo del arroz muy cerca de 200.000 hanegadas de tierra. En todo se cogen anualmente 291.700 cahices. Cantidad enorme si se compara con el valor que resulta, pero despreciable si se cuentan las víctimas humanas que se sacrifican. Ascende el valor total a 43.755.000 reales. Pero, ¿qué es esto en comparación de la salud que se altera, de las vidas que pierden tantos millares de hombres, de la felicidad de la población, de las riquezas que se pierden?»

Al hablar de Ribarroja, dice: «A pesar de los desórdenes y trastornos que se observaban en la atmósfera, en la salud y en las producciones reinaba preocupación a favor del arroz. En unos el interés echaba un tupido velo sobre la verdad y ofuscaba la razón. A otros una culpable condescendencia les impedía aplicar los remedios oportunos para tanto daño. Quedaron pocos que cediesen a la evidencia y que atropellando respetos y ocupaciones se atreviesen a hablar para satisfacer su conciencia. Uno de éstos y el más celoso fué don Julián Trezzi, cura párroco de Ribarroja. Conoció muy pronto la verdadera causa de la ruina del

pueblo, pero veía por todas partes enemigos que se oponían al único remedio posible, que era desterrar del valle el cultivo del arroz. Los ricos propietarios temían perder parte de sus rentas y los pobres jornaleros el pan con que prolongaban su enferma y triste vida. Así, pues, se reunieron todos para reclamar sus pretendidos derechos y dijeron que los trigos, cebadas y maíces se malograban por las muchas nieblas y excesiva humedad, que la cosecha de la seda era incierta, sin corresponder jamás a la hoja que consumían los gusanos; que no quedaba otro recurso para vivir en el valle sino cultivar arroces, que se crían sin riesgo y rinden más que las otras producciones. A vista de los obstáculos que sabían abultar los defensores del arroz redobló sus esfuerzos aquel celoso y virtuoso eclesiástico y declamó contra esta planta, demostrando con evidencia lo pernicioso de su cultivo. Prevalció entonces la razón y la justicia, triunfó la humanidad y se prohibieron los arroces.» Esta prohibición, demostró el tiempo, no pudo ser más acertada, pues en pocos años el estado sanitario del pueblo mejoró considerablemente, disminuyendo las fiebres y siendo muchas menos las víctimas del paludismo, pasando el vecindario del pueblo de 290 almas que tenía en el año 1769 a más de 1.000 en el año 1791. Este resultado le hace exclamar a Cavanilles: «¡Qué ganancia tan preciosa y qué prueba tan clara a favor de la reforma!»

Afortunadamente el progreso que la Humanidad va logrando al poner la ciencia en claro el origen verdadero de ciertas enfermedades como esta del paludismo, ha dado medios al hombre para luchar contra ellas con éxito, y, aunque la victoria no sea completa aún hoy, en la feraz huerta de Valencia puede cultivarse el arroz sin que el paludismo, que tantas vidas arrebató en tiempos de Cavanilles, sea un peligro serio para sus habitantes.

Y ya que he puesto de manifiesto, como pretendía explicar, el origen y propagación del paludismo, no quiero dejar en silencio las ideas que Cavanilles tenía sobre otra

enfermedad que era y es endémica en una zona de la región levantina. Me refiero al tracoma, cuyo azote se hacía sentir principalmente en Crevillente, Albatera y otros pueblos de la huerta de Orihuela. «Con ser ventajosa la situación de Crevillente, puras sus aguas, despejado el cielo y saludables los alimentos, noté que había muchos ciegos y tuertos y mayor número sin comparación de los que padecen fluxiones a los ojos y ven con dificultad. Lo mismo observé después en Albatera, Coix, La Granja y Callosa, pueblos contiguos con la huerta de Orihuela, y supe que eran endémicas las oftalmías húmedas en todo aquel recinto. No me propongo determinar el carácter propio de esta enfermedad ni decidir sobre el método curativo que allí se reduce a sangrías y colirios; sólo procuraré investigar la causa verdadera de semejantes dolencias que las perpetúa y priva al Estado de tantos brazos útiles. Los naturales y algunos profesores piensan que la oftalmía es efecto de las exhalaciones acres de las higueras, del exceso de sal esparcida en la atmósfera o concentrada en la tierra y del abuso de picantes que por lo común hacen aquellas gentes. Pero se engañan ciertamente, porque no se conoce tal enfermedad en Elche, Catral y Pías, fundaciones cuyo suelo es salobre y la sal más abundante que en Crevillente; más lo es todavía en La Mata y Torre Vieja, donde están las salinas, y tampoco se conoce la dolencia. Las pretendidas exhalaciones acres de las higueras no pueden ser la verdadera causa, puesto que no producen efecto pernicioso a los ojos en los muchos pueblos que cultivan millares de ellas. Vimos en Chelva el excesivo uso que se hace del picante, mas no ciegos ni lastimados en la vista. Más probable parece mirar la oftalmía allí como efecto de los vapores que el calor intenso levanta de aquel suelo regado con frecuencia y de multitud de balsas donde se macera el cáñamo, vapores que condensados por la noche vuelven a caer por impedir su curso los altos montes que caen a poniente de los citados pueblos. A esta causa, que podemos reputar parcial y débil

se añade otra poderosa que consiste en la construcción de las habitaciones. La tercera parte de las de Crevillente se reducen a cuevas, cuyo techo es un cortezón de cascajo y tierra endurecida por donde se introduce la humedad. Casi todas las de los cuatro citados pueblos de la huerta de Orihuela sólo tienen un alto y por techo cañas y carrizo cubierto de uno o dos palmos de tierra. Los copiosos rocíos y las lluvias penetran en el interior donde duermen aquellos hombres y son un manantial perenne de romadizos, reumas, constipaciones, toses y otras enfermedades semejantes frecuentes en aquel país, que con particularidad atacan a la cabeza. Una noche sola basta para que un forastero no acostumbrado al clima despierte con dolor de cabeza e hinchados los ojos si durmió en alguna de aquellas habitaciones sin abrigo y aun entre los naturales apenas hay mujer delicada o niño tierno que en tiempos lluviosos no despierte con las pestañas pegadas. Nada de esto padecen, como observó el señor don Hilario Torres, médico de Callosa, los acomodados que habitan casas de dos o más altos y duermen en los cuartos bajos, en donde no penetran los vapores, cuidando de cerrar por la noche las ventanas y puertas; el común del pueblo las suele dejar abiertas cuando duermen para evitar el calor excesivo, mas pagan esta satisfacción o alivio con fluxiones y no pocos con perder la vista, aumentando así la debilidad de la parte que, radicada en los padres, suele pasar a sus hijos. Se atajarían los progresos de esta enfermedad y tal vez se desterraría de todo punto no permitiendo casa alguna sin tejado en declive cubierto de tejas, miradas ahora como inútiles. A lo cual debiera añadirse la precaución de evitar el relente con el mayor cuidado cerrando puertas y ventanas por la noche y prefiriendo el calor a la perniciosa frescura que se logra a la puerta o en las calles. Y cuando la costumbre o preocupación se opusiese al saludable remedio que la experiencia y atento examen del local sugirió al citado profesor, sería bien que el Gobierno tomase alguna provi-

dencia para conservar la salud y vista de aquellos hombres.»

Estas precauciones sanitarias que aconseja Cavanilles poner en práctica para remediar el mal, nos parecen hoy de ningún valor para combatir con eficacia una enfermedad transmitida por un virus casi desconocido, pero nos muestra cuán grande era su preocupación por procurar aminorar el daño que producía una enfermedad tan grave. No hay en los razonamientos de Cavanilles ni ignorancia en cuanto al origen de la enfermedad, desconocido por aquel entonces, ni exageración al propugnar para combatirla el uso de medidas higiénicas, pues las medidas las recomienda basado en el hecho de ser más raros los casos en las personas que vivían en moradas más ventiladas e higiénicas. Cavanilles no era médico, pero, sin embargo, demuestra estar al tanto de los adelantos de la Medicina y comprendía el gran valor que para la lucha tenían la higiene y el empleo de procedimientos curativos científicos alzándose contra las prácticas rutinarias desprovistas de eficacia que se aconsejaban.

Y con esto termino mi trabajo; y no precisamente porque no queden en la obra de Cavanilles muchas cuestiones de interés dignas de comentario; no fué tampoco en principio finalidad mía comentar todos los aspectos tan diversos que trata en su obra, para lo cual necesitaba un tiempo que no he tenido y hasta en muchos casos una base de conocimientos que me falta; no fué mi propósito tan ambicioso; no pretendí más que buscar en su obra base para mal hilvanar estas cuartillas, rindiendo a la vez en este solemne acto un recuerdo, un homenaje a Cavanilles, que con su saber y trabajo supo poner en su tiempo, con sus obras y ciencia, en un lugar elevado a la cultura española de su época.

He dicho.